

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001004061274



Digitized by the Internet Archive
in 2025

<https://archive.org/details/donluismejia0000edua>

EDUARDO MARQUINA
Y
A. HERNÁNDEZ CATA

DON LUIS MEJÍA

PQ
6623
47
D6
1925

COMEDIA DE CAPA Y ESPADA,
EN CUATRO ACTOS, EN VERSO

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
EDITORIAL REUS (S. A.)

1925

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la
Ley. La *Sociedad de Autores
Españoles* es la encargada de
conceder los derechos de
representación.

Copyright by Eduardo Marqui-
na y Alfonso Hernández Catá.

1925

BIBLIOTECA LITERARIA
DE
AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

VOLUMEN XI

LIBRTOCEV LITERARIA
S. M. KARLOVSKY & S. M. KARLOVSKY

12. 1864.

DON LUIS MEJÍA

A

Fernando Diaz de Mendoza y Guerrero

*que ha prestado a Don Luis
Mejía su juventud entusias-
ta, su fervor y su talento,*

dedican

*esta comedia, en homena-
je de admiración y gratitud,*

Los Autores.

PERSONAJES

DOÑA ANA DE PANTOJA :: DOÑA CLARA DE LORENA
UNA MENDIGA :: LUCÍA :: DOÑA LEONOR DE OLMEDO
SUSANA :: DON LUIS MEJÍA :: GASTÓN :: LORENA
MOLINA :: ALBORNOZ :: PASCUAL :: RUIZ :: DOS
CABALLEROS FRANCESES

LA ACCIÓN DEL PRIMER ACTO, EN PARÍS. LA DE LOS SIGUIENTES,
EN LA SEVILLA DEL TENORIO

REPRESENTÓ POR PRIMERA VEZ ESTA OBRA, EN EL TEATRO
ESPAÑOL DE MADRID, EL DÍA 17 DE ENERO DEL AÑO 1925,
LA COMPAÑÍA DE MARÍA GUERRERO Y FERNANDO DÍAZ DE
MENDOZA, CON ESTE REPARTO:

DOÑA ANA: MARÍA GUERRERO Y LÓPEZ — DOÑA CLARA Y
UNA MENDIGA: CARMEN LARRABEITI — LUCÍA: JOAQUINA AL-
MARCHE — DOÑA LEONOR DE OLMEDO: MARÍA GUERRERO —
SUSANA: ENCARNACIÓN BOFIL — DON LUIS: FERNANDO DÍAZ
DE MENDOZA Y GUERRERO — GASTÓN: JOSÉ CAPILLA — LO-
RENA: CARLOS DÍAZ DE MENDOZA Y GUERRERO — MOLINA:
JUAN BERINGOLA — ALBORNOZ: NICOLÁS PERCHICOT — PAS-
CUAL: MIGUEL FERRIZ — RUIZ: JUAN VÁZQUEZ — UN CABA-
LLERO FRANCES: JUAN ORTEGA — OTRO CABALLERO FRANCES:
FÉLIX FERNÁNDEZ



ACTO PRIMERO

ESTANCIA en una quinta cercana a París, junto al Sena. Puertas en primer término, a derecha e izquierda. Ventana al fondo, por donde se ve dilatado paisaje primaveral; puerta guarneida de cortina en la pared que sesga la habitación entre el muro del fondo y el de la izquierda. Pocos muebles. En los búcaros que hay sobre la mesa, y en dos jarrones puestos cerca de la ventana, muchas flores. Es mediodía. DON LUIS dormita en un sillón, y GASTÓN, el criado, acecha su despertar con impaciencia cautelosa.

DON LUIS

¡Eh!, ¿quién va?

GASTÓN

Gente leal,
Mejía; vuestro criado.

DON LUIS

¿Ya me despiertas?

GASTÓN

Puntual,
como me tenéis mandado.

¿Y os hallo?

DON LUIS

Roto y maltrecho
de la forzada inacción,
durmiendo en un mal sillón,
que no se aviene a ser lecho.

Cambia de actitud y vuelve a entornar los ojos.

GASTÓN

Culpa vuestra, que os quisisteis
en la quinta acomodar
sin perder tiempo, y hubisteis
con ella de apechugar
como estaba: hosca, incivil,
sin muebles... ¡Brava ansiedad!
¡Dejar por este cubil
un palacio en la ciudad!

DON LUIS

¡Bastal... ¡Qué hora es?

GASTÓN

La ventana

casi os la canta, Don Luis:
las doce de una mañana
de primavera, en París.

DON LUIS

¿Y a qué viene este derroche
de tiempo y melancolía?
Si amanezco a mediodía,
¿qué he de hacer hasta la noche?
Cierra de nuevo, Gastón.

GASTÓN

Vos me dijisteis ayer
que hoy no queriais perder
la misa en la Encarnación,
y yo he cumplido.

DON LUIS

Estoy harto
de tu puntual rigidez.

GASTÓN

Pensé...

DON LUIS

Dejando, malhumorado, el sillón.

¡Mal hechol ¿Otra vez
lleno de flores mi cuarto?

GASTÓN

Susana fué.

DON LUIS

¡No me deja
con tanta flor respirar!

GASTÓN

Es que...

DON LUIS

¡Tendré que matar
a nuestra criada vieja!

GASTÓN

No sé cómo se ha enterado
de quién sois vos, y ya que
no quieren que más os dé
los años que Dios le ha dado,
se consuela del dolor
de ser rescoldo sin brasa,

llenándoos toda la casa
con un perfume de amor...
Aunque tan casta conquista
peina mechones de nieve,
yo creo, en rigor, que debe
figurar en vuestra lista.
Don Juan, con menos motivo,
pondrá alguna en el montón...

DON LUIS

¡Si él vive de eso, yo vivo
de seguir mi inclinación!

Vuelve a sentarse, se despera, y añade:

Soñé toda esta mañana
y es raro en mí.

GASTÓN

¿Pesadilla?

DON LUIS

¡Sueño de sueños!... Sevilla...
Mi madre... Un jardín... Doña Ana.

GASTÓN

La carta llegada ayer
de vuestra madre habrá sido
la que el sueño ha promovido...

DON LUIS

¿Su carta?... Bien puede ser...

Saca la carta del justillo.

La pobre, desconsolada
por la distancia a que está
de un hijo ingrato, me da
la nueva de su llegada.

GASTÓN

¿Doña Leonor, en París?
¿Es posible?

DON LUIS

Lo asegura,
y añade:

Leyendo:

«A mi edad madura
no hiciera el viaje, Don Luis,
sin la esperanza de darte,
llegando a tierra francesa,
de palabra, una sorpresa
que habrá de maravillarte.»

GASTÓN

Vendrá a hacer a vuestro lado
la averiguación sucinta
de los pasos que habéis dado.

DON LUIS

Por eso ordené el traslado
desde el palacio a la quinta.
Desde lejos he podido
sus recelos aquietar;
engañarla, y disfrazar
la verdad con lo fingido.
Le he dicho que el mozo inquieto
que asentó aquí sus cuarteles,
el Don Luis de los carteles
de provocación y reto;
el que, de Flandes huído,
llegó a la franca nación
acosado y perseguido,
con ribetes de ladrón
y honores de forajido,
no era yo mismo; que el tal
era otro Don Luis, mi igual
en la condición y el nombre;
mas, por lo que cuentan, hombre
disoluto y desleal.

GASTÓN

Pues siendo así...

DON LUIS

Siendo así...

¡Le bastará sin hablar
mirarme, llegando aquí,
para ver escrito en mí
lo que le quise ocultar!

GASTÓN

Fingid...

DON LUIS

¿Y sus ojos fríos
con cuya mirada trunca,
cuando le importa, mis bríos?

GASTÓN

¡Mentid!

DON LUIS

¿Y los ojos míos
que no le mintieron nunca?
No, Gastón... He de olvidar
apuesta, riñas y amores
si no la quiero enojar...
Y no me basta cambiar
de casa y alrededores;
va a ser preciso labrarme
nueva vida en nuevo ambiente;

ser bueno otra vez, lavarme
la conciencia en la corriente
cristalina de ese río,
y encargarle de llevar,
—porque fué malo y fué mío—
todo mi pasado al marl...

GASTÓN

Con sorna.

¡Buenos propósitos tienen
los infiernos empedrados,
Don Luis! Y es que no se avienen
a verse mal realizados.

DON LUIS

¿Falté yo al mío?

GASTÓN

No más
que anoche, ayer mismo.

DON LUIS

¿Cuándo?

GASTÓN

Cuando la quinta, en cenando,
dejásteis. Yo iba detrás

de vos, y la legua escasa
que hasta París anda el Sena,
os vi andar...

DON LUIS

Estuve en casa
de mi amigo el de Lorena.
Jugamos una partida,
bebimos bien, se habló mal,
y el alba dió la señal
para nuestra despedida.
¡Mátenme, si esto no es vida
continente y monacall!

GASTÓN

Pues no entiendo... Yo os tenía
por hombre que ya empeñada
su fama en una jugada,
jamás la abandonaría...
Con Don Juan habéis pactado
hacer, en un plazo dado,
más que él haga, y no es razón
vuestra filial devoción
para olvidar lo apostado.
* Sobre que, dando por buenos
los escrúpulos que hacéis,

no apremia el tiempo: tenéis,
ochos días por lo menos,
que menos no pueden ser
si bien lo contáis, Don Luis,
los que ponga una mujer
desde Sevilla a París. *

DON LUIS ha vuelto a ensimismarse. GASTÓN, notándolo, le pregunta:

¿No respondéis? ¿Qué pensáis?

DON LUIS

Gastón, ¿cuál puede ser esa
maravillosa sorpresa
de que habla mi madre?

GASTÓN

¿Andáis
en la carta todavía?

DON LUIS

Andar fuera poco: vuela
desde ayer mi fantasía...
Yo sé que mi madre anhela
para que mi alma recoja
velas y abandone el mar,
verme unido ante el altar

con Doña Ana de Pantoja.
Pero Doña Ana, indecisa,
nunca a mi amor se rindió.
Si, al fin, mi madre logró
que la escuchara sumisa,
y este amor es la sorpresa
que nos trae, mi corazón
no lo agradece, Gastón:
más que le alegra, le pesa...
Dicha lograda es fugaz
y rosa cortada muere...
Si ahora Doña Ana me quiere...

GASTÓN

Dejad a Doña Ana en paz
y en vuestras listas pensemos,
señor, que importa pensar
si os queréis aprovechar
de los días que aún tenemos.
Anuncian feria en Versalles,
y allí el anuncio ha juntado
lo más florido y granado
de los burgos de estos valles.
Yo, como la empresa es seria,
cuatro emisarios mandé
que os precedan, y den fe
que asistiréis a la feria.

Resueltos y decididos,
ajustarán estocadas,
apalabrarán casadas
y amenazarán maridos.

Vos no haréis más que llegar,
y, con muy poco trabajo,
acá un beso y allá un tajo,
las listas se han de doblar...
Animo, pues, y si hay culpa
en ello, a mí me la den;
porque la única disculpa
del mal, es hacerlo bien.

DON LUIS ha ido animándose, y va a contestar cuando, al pie de la ventana, elevarse voces que disputan.

CABALLERO 1.^º

¡Ah del burlador!

LORENA

¡Maldita
la casa del fugitivo!

CABALLERO 2.^º

¡Abrid, Don Luis!

DON LUIS

¿Por Dios vivo
qué perro mordió al que grita?

Sale GASTÓN [al mismo tiempo que, por la puerta de la derecha, entra, con aspavientos de miedo, SUSANA].

SUSANA

¡Señor!

DON LUIS

¿Qué pasa?

SUSANA

¡Tres hombres!...

DON LUIS

Pocos son.

SUSANA

Desean veros;
pero venían tan fieros,
que os he negado.

DON LUIS

¿Sus nombres?

SUSANA

No quieren darlos.

DON LUIS

Se yo
tomar lo que no me dan.
¿Dónde están?

SUSANA

Abajo están.

DON LUIS

Pues ábreles y entren.

SUSANA

¡No!
Me da el corazón que vienen
por vuestra vida...

DON LUIS

Sin ganas
vendrán, cuando los detienen
puertas, habiendo ventanas.
¡No tiembles, mujer!

SUSANA

¡Guardaos
del peligro conocido,
mi buen señor! Ved que ha sido
celeste aviso... Ocultaos,
Don Luis... Os pueden matar
si os hallan, que les oí
de vuestra muerte tratar...
Entrad en mi alcoba... ¡Allí,
señor, no os han de buscar!

Entra GASTÓN con noticias. Apenas lo ve, DON LUIS olvida a la vieja, y pregunta:

DON LUIS

¿Quién grita, Gastón?

GASTÓN

Lorena,
que llega con otros dos.
Y si él no miente, ¡por Dios,
que ayer la habéis hecho buena!

DON LUIS

Irritado, casi furioso:

¿Y a un tan mi amigo y tan fiel
tenéis al raso esperando?

¡Le cerráis mi puerta, cuando
todas mis casas son de él?
¡Y hará en la calle antesala
quien de mi fe se asegura?

Corre a la ventana y grita:

¡Lorena, una cerradura
se parte con una balal!

Suena fuera un pistoletazo.

¡Buen tirol! ¡Y ahora esos hierros
que el disparo hizo saltar,
clavádselos a los perros
que no os dejaban pasar!

A los criados:

Ya habéis visto de qué modo
vuestra desidia enmendé.
Salid los dos... Y aun no sé
cómo no os echo del todo.

Salen SUSANA y GASTÓN por la derecha. En seguida aparece, en el fondo, LORENA, que viene, torpe de ira, retenido por otros dos caballeros franceses.

LORENA

¡Pasol!

DON LUIS

Adelantándose cortés a su encuentro.

Entrad... La gente mía
no os anuncia, señoría,

porque no vale la pena,
que está en su casa Lorena
viniendo a la de Mejía.

LORENA

Sin inclinarse, duro, seco.

Dejando, Don Luis, a un lado
lo cortés, quiero advertiros
que sospecho lo pasado;
ya sé que si habéis tardado,
fué a cuenta de preveniros.

DON LUIS

Con sorpresa y enojo.

¿Receláis de mí?

LORENA

Y jurara
que el tiempo que, inútilmente,
me dejasteis que llamara,
vos os lo tomasteis para
repartir a vuestra gente.
Ya sé que estamos cercados;
que os dieron vuestros criados
de nuestra llegada aviso,
y que acechan apostados
para salir de improviso.
Pero ahora...

DON LUIS

¡Ahora, Lorena,
ya que vuestra lengua pasa
la medida y me condena,
vais a tomaros la pena
de registrarme la casa!
No hay en toda ella conmigo
más que un hombre, y la mujer
que nos sirve... Entrad a ser
de lo que os digo testigo...
Pero antes, yo quiero dar
mis armas a quien mandéis
de los tres; porque al tornar,
si he mentido o si algo veis
que de mí os haga dudar,
aprovechéis la ocasión
de castigar desleales,
¡pasándome el corazón
con vuestros propios puñales!

Desciende su espada y la deja sobre la mesa; luego alza la cortina de la puerta que conduce a las principales habitaciones, y repite altivamente, con el gesto, la invitación a pasar. Mientras tanto, los tres franceses hablan entre sí.

CABALLERO 1.^o

Puesto que se da a partido
perdió el registro interés.

LORENA

¡Llego tarde: aquí han venido,
pero ella partió después!
Conque nada adelantamos
viendo una casa vacía.

CABALLERO 1.^º

Interrogadle y sepamos
lo que él contesta...

LORENA

Mejía,
por vuestra vida he venido;
pero antes es...

DON LUIS

Antes es
ver que no os mentí; después,
confesar que habéis mentido;
y después, ya que he dejado
que me injuriéis ¡por Dios vivo!...
después, decirme el motivo
que para tanto os he dado.

LORENA

Muchos en uno.

DON LUIS

¿Insistís?

LORENA

Y en uno tan principal,
que lo pagaréis, Don Luis,
muriendo, y pagaréis mal.

DON LUIS

¡Habláis con fuego! ¿Qué habrá
que os pueda así conmover?
Jugué en vuestra casa ayer;
que os ganara no será
lo que os trae desatentado:
por rico y pródigo os tengo;
pero, si os duele, me avengo
a devolver lo ganado.
Contadlo: trájelo en esa
bolsa de cuero conmigo;
falta una libra tornesa
que di en la calle a un mendigo;
pero mandaré a Gastón

que os la devuelva por mí,
y en paz... Yo, así como así,
di en vida de contrición
desde hoy, y con vida tal
no hay dinero que no sobre.
Tomad: cristiano y moral
es devolver bien por mal,
y hacer la limosna a un pobre.

Le tiende la bolsa, que LORENA rechaza.

¿No acierto?

LORENA

Fingen errar
los que esconden su jugada.

DON LUIS

¡Pues ya os toca a vos hablar,
porque amagar y no dar
no es limpio juego de espada!

LORENA

Sin duda. Y vos, al reñir,
tan en cuenta lo tomáis,
Don Luis, que por eso dais
sin amagar ni advertir.

DON LUIS

¿Yo?... ¿Cuándo?

LORENA

Ayer, al dejar
mi casa de madrugada,
me alcanzasteis...

DON LUIS

¿Sin cruzar
la mía con vuestra espada?

LORENA

Sin verme: en el corazón
de una mujer; mas tan mío
como éste, que impulsa el río
de igual sangre.

DON LUIS

U na razón
he de dar para atajaros,
y tal, que baste, aunque es una:
desde ayer, puedo juraros
que no vi mujer ninguna.

LORENA

¿Tan poco os cuesta olvidaros
de Doña Clara?

DON LUIS

¿Quién es?

LORENA

Mi hermana.

DON LUIS

¿Vos, una hermana?

LORENA

¡Por quien el alma villana
vais a rendir a mis pies!

DON LUIS

¿Por qué a los vuestros? Si es bella,
su alma a los pies rendiría
de vuestra hermana, Mejía...
Pero, decidme algo de ella.
¿Cómo pudo acontecer
que entrando yo en vuestro hogar

jamás por él vi pasar
la sombra de esa mujer?
¿No estaba allí?

LORENA

Sí; vivía
conmigo, enferma, sufriendo,
pálida... Languidecía
como una rosa, perdiendo
sus hojas día por día.
Y, al verla yo tan postrada,
la hice vivir de tan sumas
prevenciones rodeada,
que la tenía entre plumas,
como era un ave, guardada.
Sus criados la libraban
de manos indiferentes;
mis amigos la ignoraban,
ella ignoraba a las gentes,
y yo de noche, al tornar
de orgías y francachelas,
por no hacer ruido al pisar,
me quitaba antes de entrar
en su alcoba, las espuelas.
Sólo la luz, silenciosa,
llegaba, Don Luis, hasta ella...
Y Clara, en la luz medrosa,

tenía la temblorosa
palpitación de una estrella.

Se detiene para dominar la emoción, y, cambiando de tono, prosigue:

Cuando os marchasteis ayer,
que el alba apenas rompía,
yo, alerta y quedo, entré a ver
si la doliente dormía.
No estaba en su cuarto; alcé
la voz llamándola; al ruido
mi gente acudió; busqué
de los míos asistido,
y a la oscuridad pedí
inútilmente una huella
que me guiara: no vi
ni Clara ni rastro de ella.

DON LUIS

Por todo lo cual, pensáis
que os robé vuestra azucena,
y aquí tras ella os entráis...
¡Pues si otro rastro no halláis,
trabajo os mando, Lorena!
Yo nunca he sido inocente
como esta vez; y os advierto
que siento infinitamente
que el hecho no sea cierto.

Tendría mucho interés
en merecer vuestra furia,
y os tendería a mis pies
con mucho gusto, después
de haberos hecho la injuria...
Pero dama que tenían
reclusa vuestros cuidados,
y a quien ver no conseguían
nada más que sus criados,
si al fin no pudo poner
en otros sus ojos bellos,
y Eva nació... hubo de ser
con sus criados mujer,
¡y habéis de buscarla entre ellos!

LORENA

Fuera de sí.

¡No os consentol...

DON LUIS

Imponiéndose.

¡Ni yo a vos
sólo una réplica más!
Esta es mi casa... Id con Dios,
Lorena... ¡Ya es por demás!
Tomad la vuelta a París,
y bendecid la ocasión

que hoy os depara un Don Luis
tocado de contrición.

Le vuelve la espalda para poner fin a la entrevista.

*Los caballeros arrastran a LORENA, que ya en la
puerta, pregunta con sarcasmo.*

LORENA

¿Vuestra contrición es tal
que ya nunca más, Mejía,
la espada usaréis?

DON LUIS

Irónico.

Igual
que antes reñí por el mal,
pienso reñir todavía
por un caso de moral
o un punto de Teología.

LORENA

¿Y adónde, para argüir
de Teología y de Dios,
pensáis, Mejía, acudir?

DON LUIS

Yo a todas partes, y vos
a donde os plazca morir.

LORENA

No gusto de disputar
en las plazas y en las calles
de París.

DON LUIS

Yo pienso estar,
el tiempo que ha de durar,
en la feria de Versalles.

LORENA

¡También yo pienso acudir!

DON LUIS

Pues allí me encontraréis.

LORENA

¡Yo iré, Don Luis, a exigir!

DON LUIS

Yo a serviros... Y seréis
servido, ¡hasta que os quedéis
sin lengua para pedir!

*Salen los franceses. Don Luis se encoge de hombros,
cruza la escena, y se acerca a la puerta de la dere-
cha para llamar a GASTÓN.*

¡Gastón, mi capa y mi espada!

GASTÓN

Que aparece al punto, risueño, casi irónico y pronto a servirle.

¿Dónde vais a meditar?

DON LUIS

A Versalles. Y he de andar
la ruta en media jornada.

GASTÓN

Cinéndole la espada y ayudándole a ponerse la capa.

¿No decíais...?

DON LUIS

¡Lo que digo!

GASTON

¿No ibais a cambiar?

DON LUIS

¡Ya no!

GASTÓN

Pues, ¿la paz?

DON LUIS

No la consigo.

GASTÓN

¿Y el alma?

DON LUIS

¡Me la enturbió
la ceguedad de un amigo!

GASTÓN

¿Cuándo se sale?...

DON LUIS

En seguida
fué siempre mi hora.

GASTÓN

¿Hay comida
que disponer?

DON LUIS

No; prefiero
el alto en un merendero
a un retraso en la partida.

GASTÓN

¿Postas?

DON LUIS

¡Caballos; no quiero
que otros me lleven la brida!

GASTÓN

¿Qué más?

DON LUIS

Pistolas, dinero,
tus dados, mi cruz... Y cuida
del rizado y la caída
de la pluma del sombrero.

GASTÓN se va por la puerta de la derecha. DON LUIS se deja caer en un sillón. Tras una breve pausa se descorre la cortina de la puerta del fondo, y surge una figura de mujer, pálida, virginal, que, con angustioso esfuerzo, llama a DON LUIS.

CLARA

Señor Don Luis...

DON LUIS

Volviéndose asombrado.

¿Quién me llama?

CLARA

No os llamo; os nombro al llegar,
y si os volvéis a mirar
no pido más...

DON LUIS

¿Una dama?...

No os conozco.

CLARA

Yo a vos sí.

DON LUIS

¿Quién sois?

CLARA

Clara de Lorena.

DON LUIS

¡Doña Clara!

CLARA

¡Qué bien suena
mi nombre en vos!...

Dando un paso y llevándose la mano al corazón:

Traigo aquí,
como un tesoro guardada,
de vuestra voz la armonía...

DON LUIS

¿Cuándo la oisteis?

CLARA

Un día
llegó a mi alcoba cerrada
como un brusco llamamiento
de la vida... Obedecí,
dejé mi alcoba, seguí

de aposento en aposento
vuestra voz, y hube de dar
en uno, tras cuya puerta,
no hallándola al paso abierta,
me quedé para escuchar...
Pero tan dulce y tan grata
vuestra voz me parecía,
que, por si mejor la oía,
con una horquilla de plata
la madera de la puerta
logré atravesar: ¡os vi
de oro en la luz!... quedé allí
toda la noche despierta,
viendo, escuchando... Era día
cuando callasteis...

DON LUIS

¿Qué hablé?
¿Qué oisteis, niña?

CLARA

No sé;
sólo vuestra voz oía...
Tanto y tan bien la escuché,
que se entró en mi alma a reinar
para siempre, única y sola;

y ahora mi alma ha de sonar
a vuestra voz sin cesar,
como al mar la caracola
que llena el ruido del mar...
Pensando en vos pasé el día;
volví de noche a escucharos,
y en veros o recordaros
las horas entretenía.

Hasta que una noche, ayer,
cuando os fuisteis, sin saber
por qué ni para qué, Dios
me mandaba recorrer
la misma senda que vos;
dejé mi casa, os seguí
por calles y encrucijadas
pisando vuestras pisadas,
salí al campo, y llegué aquí...

DON LUIS

¿Sin que yo os viera?...

CLARA

Os seguía
de lejos.

DON LUIS

¿Cómo?

CLARA

Guiada

del fulgor de vuestra espada,
que en la sombra relucía.
Dos veces os perdí, loca,
y dos temblé de emoción.
Sabía a sangre mi boca
—¡sangre de mi corazón!—.
«Mi hermano me matará»
—pensaba entre mí—y seguía...
Llegué hasta la quinta; ya
vuestra criada os abría,
y os alejasteis los dos
sin verme. Entonces yo entré,
callada, detrás de vos;
muerta de miedo crucé
galerías y desvanes,
y en uno, al cabo, rendida,
di en tierra desvanecida
conmigo y con mis afanes...

DON LUIS

Bondadoso, un poco paternal.

Será preciso volver
a vuestra casa...

CLARA

Señor,
si os tengo que obedecer,
¿por qué me mandáis hacer
lo que ha de darme dolor?

DON LUIS

¿No sabéis que vuestro hermano
vino a buscarme?

CLARA

Le vi.

DON LUIS

¿Le visteis?

CLARA

Yo estaba allí
cuando apartó vuestra mano
la cortina, y, decidida,
le esperé...

DON LUIS

¡Pudo pasar
y a vuestra vida atentar!

CLARA

¿Qué me importaba mi vida?

La vuestra arriesgasteis vos,
seguro de vuestra fe,
y yo, sin alma, escuché
cuanto os deciais los dos.

DON LUIS

Pues a fe de caballero
que me avergüenza y me aflige;
la mitad de lo que dije
fueron blasfemias.

CLARA

No quiero
que os duela.

DON LUIS

Cuando traté
de castigar su osadía
y a unos criados nombré,
¿lo oisteis también?

CLARA

No sé...

¡Sólo vuestra voz oía!

Sobreviene GASTÓN en botas de camino, trayendo el chambergo de DON LUIS. Al verlo, DOÑA CLARA se cubre el rostro con su manto y queda muda, inmóvil, mientras hablan GASTÓN y DON LUIS.

GASTÓN

¡Señor, si queréis llegar
a tiempo a Versalles, es
el momento de arrancar!

Sorprendido al ver a Doña Clara.

¿Tapada tenemos?... Pues
no está mal para empezar.

Acerándose a Don Luis.

Los caballos han llegado
y abajo aguardan, señor.
¡Tibio está el aire, hechizado
del hálito embalsamado
de los castaños en flor!
La pluma en vuestro sombrero
con tan ágil curvatura
ricé, y tan noble apostura
toma en el aire ligero,
que compite en gallardía
con la crespa algarabía
de la crin de vuestro overo.

DON LUIS

¡Vete y espera!

GASTÓN

Insistiendo insinuante.

Don Luis,

la gente narra portentos
de esa feria. Si venís,
tendréis mujeres a cientos;
ha despoblado París
sus casas, y está en un tris
de despoblar sus conventos.

DON LUIS

¡Espérame he dichol Todo
se hará como está pensado.
Ya iba a prendarme, de modo
que en buen momento has llegado.
Dejaremos, al pasar,
en su casa a esta mujer,
que no me conviene amar;
y cumplido este deber...

GASTÓN

¡A Versalles a triunfar!

DON LUIS

¡Corriendo a todo correr!

*Hay una pausa. En cuanto desaparece GASTÓN,
DOÑA CLARA se descubre, y DON LUIS da un paso
hacia ella.*

Doña Clara...

CLARA

No sigáis...

Os estorbo... He comprendido.

Ya me voy.

DON LUIS

No me estorbáis,
señora; es que di al olvido
la obligación de un cuidado
que me recordó Gastón.

CLARA

Y antes es la obligación
que el gusto. ¡Vuestro criado
trajo mi condenación!

DON LUIS

Yo mismo os quiero dejar
en vuestra casa; urdiremos
una explicación que dar
a vuestro hermano; y podremos,
andando el tiempo, seguir
la plática interrumpida.

CLARA

Yo no: yo empiezo a sentir
que a un tiempo han de concluir

esta plática, y mi vida.
No me quejo; he conseguido
veros, hablaros, y ya,
aunque muera, no será
morir sin haber vivido...

DON LUIS

Con emoción, que irá creciendo hasta el final.

¿Queréis?...

CLARA

No quiero, señor,
sino lo que vos mandáis...
Por mí no desatendáis
vuestras empresas de amor...
«La que no espera», ha marcado
mi corazón de mujer...
Yo sólo podría ser
una sombra a vuestro lado...
Ya casi no vivo; apenas
palpita mi corazón;
las rosas de mi pasión
son blancas como azucenas...
Y a vos os sobran las damas
que, atentas a vuestro ruego,
como son rosas de fuego,
tendrán abrazos de llamas.

La espada os habeis ceñido,
requerido el manto, y es
señal que todo ha concluído...
Don Luis, yo había venido
a morir a vuestros pies...
Había esperado, acaso,
que os detuviérais, señor,
a compadecer mi amor,
como quien detiene el paso
por no pisar una flor...
Mas vuestro criado espera...
Llamadlo... Decid que vais...

*DON LUIS se acerca a DOÑA CLARA, desciñe la espada
y deja caer lentamente la capa y el chambergo.*

DON LUIS

¡Doña Clara!

CLARA

¡Renunciáis
a vuestro viaje?

DON LUIS

¡Y quiesiera
ser Dios en este momento,
para poderos servir
divinamente: extinguir

el sol, aquietar el viento,
y a vuestra carne de cera
darle otra vez la virtud,
el hálito de salud,
de la creación enteral

CLARA

*Dejándose caer en un sillón anhelante y desfallecida.
de esperanza:*

¡Dios míol...

DON LUIS

¡Gastón!

Al cabo de un instante Gastón se asoma.

GASTÓN

¿Qué pasa?

DON LUIS

¡Cierra esa ventanal

GASTÓN

Pero...

DON LUIS

¡Y no quede repostero,
tapiz ni alfombra en la casa,

que en las piedras no arrojéis
del camino, hasta lograr
el menor ruido apagar!
¡Sal, pronto!

GASTÓN

¿Qué os proponéis?

DON LUIS

¡Silencio! Y ved como andáis
para que, al andar, no hagáis
crujir el haya del suelo.

GASTÓN

¡Os cautivó y la adoráis!

DON LUIS

¡Más: está enferma y la velo!

GASTÓN desaparece. DON LUIS vuelve junto a DOÑA CLARA y la contempla con dulzura. Repentinamente, como si vierá entrar una sombra, DOÑA CLARA se sobresalta en los brazos de DON LUIS, y grita.

CLARA

¡Don Luis!

DON LUIS

¡Qué?

CLARA

¡Decid que agarde!

¡Es ella!... ¡Viene por mí!

DON LUIS

¡No vendrá!

CLARA

*Con inefable y maravillosa confianza, como reflore-
ciendo bajo su dolor.*

¡Me queréis?

DON LUIS

Sí.

CLARA

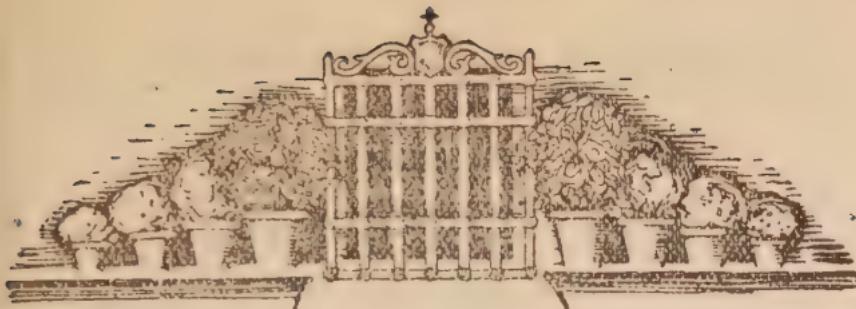
Exaltada.

¡Qué dicha!

En brusca transición de abatimiento.

¡Qué penal!... ¡Tarde!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

PA^TIO sevillano en la casa de Don Luis Mejía. Se ve, al fondo, la cancela que da al zaguán y, más allá, a la calle. A la izquierda una puerta; a la derecha, en primer término, puerta que comunica con la dependencia de los criados, y en segundo término, el arranque de la escalera que conduce a las habitaciones altas. Al empezar la escena declina el día, que cae por completo un poco antes de terminar el acto. En torno a una mesa donde hay vasos y jarras, DON LUIS MEJÍA y sus amigos MOLINA, RUIZ y ALBORNOZ, conversan.

ALBORNOZ

Mañana el plazo termina
de la apuesta con Don Juan,
y a vuestro lado estarán
Albornoz, Ruiz y Molina.

RUIZ

Triunfaréis en la hostería
del Laurel.

DON LUIS

No lo sé ya.

MOLINA

Pero... ¿Iréis?

DON LUIS

Tal vez.

ALBORNOZ

Irá;

queda tiempo todavía.

MOLINA

¿Por qué os resistís?...

DON LUIS

No sé...

Siento una extraña fatiga.

MOLINA

Vos, fatiga; y otros, fe.

DON LUIS

Pues... a quien Dios se la dé
San Pedro se la bendiga.

MOLINA

Picado.

Traéis refranes muy buenos
de vuestro viaje, Don Luis.

RUIZ

¿Pensáis en París?

DON LUIS

Nostálgico.

¡París!...

¡Gran tierra!

MOLINA

¿La echáis de menos?

DON LUIS

¿No cabe, acaso, en lo humano?

MOLINA

No cabe en ningún lugar
que suspire al regresar
a Sevilla, un sevillano.

RUIZ

En eso hablasteis con tino.

ALBORNOZ

A DON LUIS.

¿Vos no lo aprobáis, quizás?

DON LUIS

¿Por qué no? París no es más
que una Sevilla sin vino.

MOLINA

Pues si eso es cierto...

DON LUIS

Pero eso
no siempre basta.

MOLINA

Hay mil artes
de seducción.

ALBORNOZ

Y hay un beso
de mujer, que en todas partes
nos puede sorber el seso.

DON LUIS

O un mirar puro, profundo,

Pensativo.

unos labios que, al hablar,
nos enseñan a pasar
al otro lado del mundo.

MOLINA

Don Luis, labios que no besan
no creo que enseñen bien.

DON LUIS

Eso será, según quien
los mueva, y según qué expresan.
De unos sé que me bañaron
el alma en su palidez.
¡Y ni una vez me besaron,
ni yo los besé una vez!

ALBORNOZ

¡Pues la que tanto logró,
bien lo valdría, Don Luis!

MOLINA

Escéptico.

¿Dónde fué el caso?

DON LUIS

En París.

MOLINA

¡Maravillárame yo!...

Explicando a los demás.

Allí el vicio es tal, que gasta
de las almas el acero
sin más que alentar.

DON LUIS

Brusco.

Es casta
la dama a quien me refiero.

MOLINA

Riendo.

¿Francesa y casta, Mejía?

DON LUIS

¡Castal! ¡Y ciudad que no sea
vuestra duda villanía!

MOLINA

¿Me dejáis que no lo crea?

DON LUIS

Airado, retador.

¿Me dejáis vos que os responda
sin palabras, cara a cara,

de una manera tan honda
y en una lengua tan clara
que no lo podáis dudar?

MOLINA

Echando mano a la espada.

Si es vuestro antojo...

DON LUIS

Imitándole.

¡Y mi gusto!

MOLINA

¡Pues no os lo tolero!

DON LUIS

Es justo;

pero lo vais a probar.

Los dos han desnudado las espadas. ALBORNOZ dice a RUIZ, apartándose.

ALBORNOZ

Cambióle el viaje de suerte
que no conozco a Mejía.

DON LUIS

¡En guardia!

MOLINA

¡En guardia! Va a muerte.

DON LUIS

¡Pues va a muerte?

Aparece en la cancela una figura de mujer envuelta en harapos de mendiga, que dice con la misma voz de CLARA DE LORENA.

LA MENDIGA

Ave María...

¡No riñan más los señores!

RUIZ

Deteniéndola al ver que avanza hacia los combatientes.

¡Vive Dios! ¿Tú adónde vas?

¡Hazte a un lado, o probarás
de mi espada los rigores!

Sin inmutarse y sin que RUIZ se atreva a detenerla, la mendiga sigue avanzando, hasta interponerse entre los que luchan e inmovilizar con sus manos las espadas.

LA MENDIGA

¿Por palabras reñiréis,
Don Luis? ¿Es que el sentimiento

no cuenta nada? ¿No veis
que la voz la lleva el viento?
Las palabras que al sonar
son agravio, no lo son
si se mira al corazón
y éste no quiso agraviar.
Ceded... No seáis juguete
de involuntarias razones,
Don Luis...

MOLINA

¿Y a tí quién te mete,
mendiga, en nuestras cuestiones?

DON LUIS

Dejadla, que a tiempo habló.
Ni agraviarme habéis querido
ni, cuando os he respondido,
quería agraviaros yo.
¡Molina, estas son mis manos.

MOLINA

Me honra estrecharlas!

Se abrazan.

RUIZ

¿Amigos?

MOLINA

¡En vida y muerte!

ALBORNOZ

Testigos:

Ruiz y Albornoz, sevillanos.

DON LUIS

A la mendiga.

Cuanto a ti, gracias, paloma
que la paz nos has traído;
Quiero darte, agradecido,
lo mejor que tengo: toma.

LA MENDIGA

¿Oro? No me gusta el oro.
Con lo que me habéis hablado
ya casi me habéis pagado;
y si del mayor tesoro
que poseéis, según veo,
regalar me es vuestro afán,
dadme un pedazo de pan,
que es todo lo que deseo.

DON LUIS

Pues entra en casa. ¿Qué esperas?...
Y para pagarte el bien

que nos has hecho, te den'
mis criados lo que quieras.

En silencio, la mendiga se va lentamente hasta desaparecer por la puerta de servicio, sin que DON LUIS aparte ni un momento de ella el mirar. Aún, después, queda un instante con los ojos fijos en la puerta. Al fin RUIZ rompe bruscamente el silencio.

RUIZ

Lo dicho. Don Luis, volvéis
enamorado y amante.

DON LUIS

¿En qué me lo conocéis?

RUIZ

En la cara, en el talante,
en ese cierto abandono
de vuestro modo de ser
— ahora ataco, ahora perdono —,
y en lo delgado del tono
cuando habláis a una mujer.

ALBORNOZ

No hay duda: amáis, y la dama
que os cautiva, ha de ser esa
maravillosa francesa

que, como fuego sin llama,
devora..., pero no besa.

DON LUIS

¿Cómo ha de abrasarme el humo?...
¿Qué hidalgo, hoy en día, adora
una dama a quien ignora;
de quien recuerda, a lo sumo,
los ojos y la voz?... ¡No!
Yo un sólo instante la hablé,
y ella otro instante me habló
con tanta dulzura, que
su voz no se me olvidó;
mas nadie, por eso, arguya
que he de amar a la extranjera;
una voz como la suya
puede tenerla cualquiera...
Por ejemplo, esa mendiga
que ahora ha salido de aquí.

MOLINA

¿De modo que hablaba así?

DON LUIS

¿No basta que yo lo diga?

MOLINA

¡Pues vos juraréis no amar
a vuestra desconocida;
pero con voz parecida,
Don Luis, os vienen a hablar
y obedecéis en seguida!

Rien MOLINA, RUIZ y ALBORNOZ.

DON LUIS

Casi jovial, encogiéndose de hombros.

Reíos, si es vuestro agrado,
señores; pero la erráis...

MOLINA

Tal vez...

DON LUIS

¿Por qué porfiáis
en creerme enamorado?...

MOLINA

Porque hombre normal que pasa
entre belgas y franceses,
lejos de España, diez meses,
no vuelve luego a su casa

sin precipitarse a ver,
ante todo, en el altar
de su reja, a la mujer
con quien espera casar;
cuanto más si ella es hermosa
y noble como Doña Ana.

DON LUIS

Cierto es que será mi esposa
y he de verla... Iré mañana.

MOLINA

Don Luis, pues hablemos claro;
porque, después de escuchar
lo que afirmáis, algo raro
que he visto, me hace dudar.

DON LUIS

¿Yo afirmé?

MOLINA

Que no dejáis
en París ningún amor,
y que el de aquí, lo aplazáis
para otra ocasión mejor...
No obstante, yo os vi al salir

del barrio, ayer y anteayer,
en voz baja departir
con una misma mujer;
vos de capa, ella de manto.
Pude entreverla al pasar...

RUIZ

¿Y era?...

MOLINA

¡Capaz de injertar
diablos en alma de santo!

DON LUIS

Decidiéndose a confesar, después de una pausa.

¡Sí... no lo niego! Volvía
triste a Sevilla, indeciso;
pero, en llegando, Dios quiso
que escuchara el alma mía
la misma voz que ya un día
costó a Adán el Paraíso.

*Los amigos, ávidos de confesión, rodean a DON LUIS
y éste cuenta:*

Porque Sevilla es, señores,
para nuestra perdición,
un Paraíso en que son
serpientes las mismas flores.

No sé qué hechizo se fragua
en sus patios y jardines,
que aquí tientan los jazmines
y aquí emborracha hasta el agua.

En Sevilla pretender
no amar, viviendo, es querer,
hundirnos en el calor
de un horno al rojo, y no arder;
porque aquí todo es mujer,
¡y toda mujer, amor!

Mujer la ciudad que inclina
su frente en la verde espalda
de la campiña vecina,
de mujer la cristalina
cinta del río, en su falda;
¡y morena y femenina
la carne de su Giralda!
Pasa de la risa al llanto,
de la quietud al tumulto,
de lo profano a lo santo
sin razón; porque es su encanto,
como de mujer, oculto.

Y siendo en todo mujer,
para el viajero que ausente
de ella ha sufrido, al volver,
por fuerza tiene que ser
Sevilla la confidente.

Embalsama sus heridas

con manos tan conmovidas,
pero, a la vez, tan hermosas,
que, cubriendole de rosas,
le está quitando mil vidas;
y si el viajero, cobarde,
da en suspirar al ocaso,
Sevilla le brinda el raso
de los velos de la tarde;
le lleva al río y pasea
por las orillas con él...
Fluye en el río la miel
del crepúsculo; espejea
el agua, partida en charcos
movibles, al reflejar
el purpúreo gotejar
de las luces de los barcos;
y, al otro lado del río,
férvida, densa, lejana,
jadea entre un vocerío
y un son de cuerdas, Triana...
Raya el espacio, al caer,
la lágrima de un lucero;
suena un nombre de mujer...
¡Ya poco más ha de hacer
la ciudad con su viajero!
Cierra la noche, azulada
y plateada; un cantar
se acaba de evaporar

en la atmósfera delgada;
y embalsamando el ambiente,
Sevilla agita unos mazos
de claveles, sonriente;
besa al viajero en la frente,
lo toma, rendido, en brazos;
y, por fin, sin albedrío,
ebrio de olores y luz,
¡lo crucifica en la cruz
que hace el puente con el río!

MOLINA

Aprobando.

Suplicio que a cada cual
le está reservado el día
que entra en Sevilla: es fatal.

RUIZ

Pero confesad, Mejía,
que no lo pasasteis mal.

DON LUIS

Confieso no estar en mí
desde que en Sevilla entré;
traía un alma, y aquí
con otra me tropecé.
Desesperado venía

y hoy me decido a esperar;
no amaba y hoy vuelvo a amar;
dudaba, me arrepentía,
y hoy quiero; hoy tengo una espada
que fulmina, un corazón
que arde; y hoy creo que son
todos los afanes, nada;
toda la vida sencilla,
y todos los hombres, buenos;
porque hoy soy, ni más ni menos,
que un sevillano en Sevilla!

Chocan los vasos y beben. Aparece en la cancela una figura de mujer, casi en seguida que un largo y dulce silbido previene a DON LUIS, que está de espaldas y vuelve vivamente la cabeza, de su presencia.

MOLINA

Mejía, os quieren hablar...

DON LUIS

Si me dejáis...

ALBORNOZ

Os dejamos.

DON LUIS

No os vayáis; no ha de durar
nuestra plática...

RUIZ

Aguardamos.

Don Luis va hasta la desconocida, y queda hablando con ella en el zaguán, en plática que se apasiona gradualmente, mientras sus tres amigos comentan en primer término.

ALBORNOZ

*¡Brava mujer, por mi vida!
¿La habéis visto?*

RUIZ

*Es la gitana
que está en casa de Doña Ana,
desde niña, recogida.*

ALBORNOZ

*Pues de parte de su dueña
vendrá a hablarle.*

MOLINA

*No lo creo;
me pareció mucha seña
la suya para un correo.*

*Dando un paso para observarla mejor.
Yo casi aseguraría*

que ella es, la que a media luz,
ayer y anteayer salía
con Don Luis, de Santa Cruz.

ALBORNOZ

¡Y yo que le imaginaba
de su francesa a los pies!

MOLINA

Acaso lo estuvo... un mes;
pasado un mes, todo acaba.
Aunque Mejía prefiere
tardar... No es como Don Juan,
tras quien las mujeres van
porque él a ninguna quiere;
Don Luis las quiere, se muere
por lograr más que le dan;
y en esa lucha violenta,
sin acabar de obtener,
le dura siempre el querer
un poco más de la cuenta.

RUIZ

Por eso un continuo afán
le malogra sus placeres...

MOLINA

Por eso siempre serán
las mujeres, de Don Juan,
y Don Luis, de las mujeres.

RUIZ

¿No es indiscreto quedarnos?

ALBORNOZ

Claro está; pero ¿qué hacer?

MOLINA

Haciendo lo que dice.

Lo más rápido: embozarnos,
dar unos pasos, toser
para que él vea... y largarnos.

ALBORNOZ

¿Sin más despedida que esa
le dejaréis?

MOLINA

¿Por qué no?

El viene de Francia, y yo
me despido a la francesa.

Los tres amigos tosen, van a salir, y DON LUIS repara en ellos. Viene a su encuentro mientras que la gitana deja el zaguán y avanza hosca hasta el primer término, quedándose en el lado opuesto, al en que están los hombres.

DON LUIS

¿Os vais?

MOLINA

Nos vamos, Mejía,
ya que Sevilla os la envía,
para no aguardos la fiesta.

DON LUIS

¡Adiós, pues!

MOLINA

¡Y hasta la apuesta
que es mañana en la hostería!

Salen los tres amigos. Apenas desaparecen y viene DON LUIS a primer término, LUCÍA, continuando la interrumpida plática, lo apostrofa.

LUCÍA

No has venido esta tarde porque no quieres
que te crean esclavo de las mujeres.

DON LUIS

¿Yo?

LUCIA

¡Te avergüenza
que dogal de tu cuello sea mi trenza!
No has venido esta tarde, porque prefieres
el color de la cara de otras mujeres;
porque te apena
ver de día que tengo la piel morena.

DON LUIS

«Morena, pero hermosa», franca Lucía.
Cuando tú no eras nadie, ya se decía.
Lo blanco es breve;
poco duran espumas, lirios y nieve.
Si los ángeles ríen, blanca es la aurora;
el ocaso moreno, si un hombre llora;
moreno el cuero
de mi cinto, y las riendas para mi overo.
Moreno los pañales, en su contorno
moreno el pan que cuece dentro del horno;
y cuando apenas
brillan las estrellitas, ¡casi morenas!
Moreno claro, el suelo bajo el rastrojo
y un búcaro de Andújar, moreno rojo...

¿Te quejarás,
niña, de ser morena? ¡qué quieres más!
No he ido a verte esta tarde, porque quería
soñar un poco; el alma me lo pedía.

LUCÍA

Ayer viniste;
si ella te lo pedía, tú no lo oíste.
Dime, ¿por qué has tardado? Yo te esperaba
y en las venas la sangre se me paraba...
¿Qué ha sucedido?
¿Te hice ayer tanto daño que hoy no has venido?

DON LUIS

¡Lucía!

LUCÍA

¿Soy tan mala? ¡No! Con espanto
lo digo: pequé, pero..., ¡te quiero tanto!
¿No me respondes?
Habla, ¿De qué me acusas o qué me escondes?
Si está de Dios que empiecen mis desventuras,
¡pídele a Dios mi muerte!

DON LUIS

¿Qué te figuras?

LUCÍA

Sólo una cosa:
que la has visto, y la quieres porque es hermosa;
que tu olvido la encela más que la hiere;
que ha de intentarlo todo, porque te quiere...
Y el primer día,
yo te hablé de ella... ¡Un rayo merecería!

DON LUIS

¡Calla...

LUCÍA

Te traje flores una mañana,
y eran la bienvenida de tu Doña Ana;
yo las traía;
no me importaba; entonces no te quería...
Cuando te di sus flores, te dije «es bella»,
y te encogiste de hombros burlando de ella.
No la querías...
Tú te encogiste de hombros..., ¿por qué mentías?

DON LUIS

Palomita enlutada de ojos de luz
mi azabache en el nácar de Santa Cruz;
garza morena,
¡pronto te pesa el hierro de tu cadena!

¿Por Doña Ana imaginas que te abandono?
La sospecha es tan cándida, que te perdono.
Calma, Lucía,
porque viene la noche detrás del día,
y esta noche, en el patio de tus amores,
van a tener envidia todas las flores,
cuando, al hablarnos,
se detenga la fuente para escucharnos.

LUCÍA

Pero, ¿si alguien se opone?...

DON LUIS

¿Por qué blasfemas?

LUCÍA

¿Si alguien viene a apartarte de mí?...

DON LUIS

No temas

que lo consiga;
tú hablaste; es ya imposible que no te siga...
¿Qué más he de decirte para que creas?
Aún no he visto a Doña Ana.

LUCÍA

¡Nunca la veas!

DON LUIS

¿Qué importaría?
No teniendo tu cara, nada podría.
¿No quieres que la vea? No iré a su casa.
¿Vuelvo a encogerme de hombros? Así, ¿qué pasa?
No me hables más;
pero mírame... mírame... ¡Qué hermosa estás!

La estrecha en sus brazos, y cuando, lentamente, baja los labios para besarla, en el arranque de la escalera aparece Doña LEONOR de OLMEDO, madre de DON LUIS, que, al sorprenderlo, se detiene y dice severamente:

DONA LEONOR

¡Don Luis!...

DON LUIS

Apartándose de Lucía con sobresalto y contrariedad.

¡Madre!

DOÑA LEONOR

Indignada al reconocer a la gitana.

¿Tú?

LUCÍA

Me envía

mi ama Doña Ana, a saber
de Don Luis si le ha de ver...

DOÑA LEONOR

No te pregunto, Lucía;
me bastará señalar
la puerta...

LUCÍA

Es que...

DOÑA LEONOR

Y no pregunto,
porque no sé que haya asunto
de que podamos tratar
tú y yo... La puerta está allí.

LUCÍA

Pero...

DON LUIS

Obedece, Lucía.

LUCÍA

Si vos lo mandáis, Mejía...

DON LUIS

¡Mi madre es quien manda aquí!

LUCÍA

Si aquí manda, es harto grande
la casa para encontrar
criados a quien mandar;
y a mí no hay por qué me mande.

DON LUIS

Con varonil sequedad:

¡Y a mí me ofende el que intenta
desobedecerla! Adiós.

LUCÍA

Doblegándose, cual si hubiera recibido un latigazo.

Pues con Dios quedad; ¡y Dios,
Mejía, os lo tome en cuenta!

*Sale mordiéndose los labios, llenos los ojos de fuego y
de lágrimas. DON LUIS la ve partir sin un parpadeo. Luego, respetuosamente, se acerca a besar la
mano de su madre.*

DON LUIS

No penséis mal de Lucía,
señora.

DOÑA LEONOR

No pienso nada.
Para el caso ella sería
igual que otra desdichada.

No es ella, como en París
no fué Clara de Lorena,
lo que me angustia y me apena,
sino tu vida, Don Luis.

DOÑ LUIS *inclina la cabeza, confuso. DOÑA LEONOR se acerca más a él, y prosigue.*

Pase que ayer, alejado
de tu madre y de tu gente,
vivieras constantemente
de escándalos rodeado;
pero hoy, en España, aquí,
donde estoy yo... que en mi hogar
me tenga que avergonzar
perpetuamente de ti;
que esta casa de una Olmedo,
limpia sangre de Castilla,
la señalen con el dedo
los truhanes en Sevilla;
que a hacer, sin rubor, te atrevas
a mis criados testigos
de estocadas con amigos
y coloquios con mancebas;
que el hijo del oidor
Don Diego Mejía, hoy cuente
su pandilla entre la gente
de quien fué el padre terror;
y que, ofendiéndome en todo,
porque a todo se propasa,

yo no abra puerta en mi casa
sin que me salpique el lodo,
no he de tolerarlo más,
Don Luis. He podido hasta hoy
soportarlo; hoy tú dirás:
o me atiendes y te vas,
o persistes y me voy.

Siempre hay celda en un cristiano
convento, para una Olmedo;
pero, no habiéndola, aun puedo
pedirle asilo a mi hermano
el Magistral de Toledo.

DON LUIS

¡Madre!...

DOÑA LEONOR

No basta decir
«madre»: es preciso vivir
como hijo, siendo un buer hijo.

DON LUIS

A vos os cumple exigir
lo que queráis.

DONA LEONOR

No te exijo

más que una cosa, y tan llana
que no te habrá de pesar.

DON LUIS

¿Y es?...

DOÑA LEONOR

Que cases con Doña Ana
como ofreciste casar.

Cedió a tus ruegos; los días
desde tu vuelta han pasado,
y ella, en vano, te ha esperado
detrás de sus celosías.

¿Qué da a entender tu desvío?...

DON LUIS

Miedo, señora.

DOÑA LEONOR

¿Tú, miedo?

DON LUIS

Miedo de mí, que no puedo
saber jamás lo que ansío;
y miedo, acaso tristeza,
de lo que voy a perder.

DOÑA LEONOR

¿Qué pierdes?... ¿Otra mujer
que la aventaje en belleza?

DON LUIS

¡No!... Siempre en ella he creído
para curarme la herida
final, cuando caiga herido;
pero, apenas he salido
de las puertas de la vida,
madre; y si soy como soy,
si en viendo una hermosa, doy
al olvido mis deberes,
¿para qué, por una, voy
a dejar tantas mujeres?...
No es vicio en mí; no es deseo
de gozar... Nací su esclavo;
resisto cuando las veo;
mas siempre, dando un rodeo,
por rendírmelas acabo.
Y es que nos dan a beber
tanta hiel nuestros quereres,
que, a la postre, es menester
para huír de la mujer,
refugiarse en las mujeres.
De las flechas de un amor
me cura otro amor la herida,

y así, de mal en peor,
voy cambiando de dolor
para conservar la vida.
Goce es, en muchos, cambiar,
porque hastían los placeres;
en mí, suplicio y pesar,
porque cambio, sin dejar
de querer a las mujeres.
Y vivo en ansias mortales,
y guarda de sus excesos
mi corazón las señales,
porque no es arca de besos
sino blanco de puñales.
Y la triunfante alegría
de cada amor conquistado,
me la empaña, madre mía,
la tenaz melancolía
del que dejo abandonado...
Y así vivo, y éste soy;
ayer, en las cumbres; hoy
en el abismo... Placeres
pocos logro... El alma doy;
pero espero, ¡porque voy
hacia Dios por las mujeres!

Se detiene un instante, emocionado por sus propias palabras, que han puesto al descubierto su corazón, calla su madre, emocionada también; luego, DON LEIS añade.

* Por eso, y hasta dejar
bien solventada una apuesta
que, mañana, en cierta fiesta,
con Don Juan he de tratar,
no quise afrontar la roja
lamarilla que ilumina,
desde su oscura hornacina,
la casa de la Pantoja.

DOÑA LEONOR

Pues, tarde o temprano, el día
de afrontarla ha de llegar...

DON LUIS

Pero una voz, todavía,
me dice que he esperar... *

DOÑA LEONOR

Grave, imponiéndose.

¡No!... Las zozobras que ahora
te asaltan, son nada más,
disculpas que a ti te das
para explicar tu demora.
No: al pan, pan, y al vino, vino:
¿quieres a Doña Ana? Sí
Pues a decírselo. Aquí
no te queda otro camino.

¿No la quieres? Pues a ser
como tornadizo, franco,
y a dejárselo entender;
o herrar o quitar el banco.
Todo menos este hacer
que hacemos, y no hacer nada;
yo en vilo, la desposada
compuesta y sin componer;
y tú, de vega en otéro,
cazando en la serranía:
apunto a Doña Ana, pero,
llamo a la parte a Lucía...
¡La burla es sobrada! Y cuenta
que de averiguarse un día
para mí es grave; sería
para Doña Ana sangrienta.
No hay calumnia que al hablar
del caso, no se aventure;
no queda en Sevilla hogar
ni corro, donde, al pasar
Doña Ana, no se murmure.
Y eres tú mismo el que amenguas
su dignidad y buen nombre;
mujer a quien deja un hombre
todos la toman en lenguas.

DON LUIS

¡Basta, madre!... Tanto es cierto

lo que me decís, que acato
desde ahora vuestro mandato.

DOÑA LEONOR

Pues a enmendar el entuerto.

DON LUIS

Si a vos os parece...

DOÑA LEONOR

Más
que parecerme: ¡lo quiero!

DON LUIS

Pues mañana..., hoy mismo, espero
hablarla...

DOÑA LEONOR

Pues ahora estás
Don Luis, en el buen sendero.

DON LUIS

Queriendo besar la mano de su madre.
Vuestra mano...

DOÑA LEONOR

Acerca y deja,
ya que obedeciste fiel,
que una vez ponga en tu piel
ceniza, un beso de vieja.

Toma maternalmente la cabeza de DON LUIS y lo besa en la frente.

DON LUIS

¡Ah, si cada vez que ardiente
me arrebata un mal deseo,
sentir pudiera el oreo
de estos labios en mi frente,
librárame de caer
en tanta pasión bastarda!
Un beso de madre, guarda
muchas honras de mujer.

DOÑA LEONOR, *complacida, va hacia la escalera.*
¿Dónde vais?

DOÑA LEONOR

Donde un instante
me quede a solas con Dios,
para que Él saque adelante
lo que hemos dicho los dos;
a mi oratorio.

Volviendo un instante antes de salir.

Es decir
que allá voy, si no he de hallar
hasta en tan santo lugar,
mujeres de quien huír.

DON LUIS

¡Ninguna!

DONA LEONOR

¿Seguro estás?

DON LUIS

¡Oh, sí, madre! Despedí
a Lucía, cuando os vi;
y en casa no ha entrado más
mujer que ella...

*Bruscamente se abre la puertecita de la servidumbre,
y llega por ella GASTÓN, turbado, asustado casi.*

GASTÓN

¡Mi amo!

DON LUIS

Di.

GASTÓN

¿Qué mujer es la que habéis
enviado a la cocina?

DOÑA LEONOR

Desde el primer peldaño de la escalera.

Pues otra ha entrado.

GASTÓN

¿Sabéis

quién es y adónde encamina
sus pasos?

DON LUIS

Malhumorado

¿Puede importarte
de quien entró a mendigar?

GASTÓN

Mi amo, es que tiene un mirar
que yo vi en alguna parte.
No miento; un mirar profundo,
cansado, como si hubiera
sufrido mucho, o viniera
del otro lado del mundo...

DON LUIS

¡Calla!...

DOÑA LEONOR

Déjale que diga;
me interesa...

DON LUIS

A su madre.

Esa mujer
es una pobre mendiga
a quien mandé socorrer
para pagarle un servicio
que acababa de prestarme...
Nada, en fin.

DOÑA LEONOR

Mucho: un adarme
de caridad y buen juicio
que no sueles derrochar.

GASTÓN

¡Bien podía contestar
la mendiga a mis preguntas,
y no estar allí a rezar!

DOÑA LEONOR

¿Reza?

GASTÓN

Con las manos juntas,
como una santa de altar.

DOÑA LEONOR

Siendo así, ya no entraré
por no estorbarla si reza;
pero no se irá sin que
remedie yo su pobreza.

Y ahora, adiós, hijo... Y si quieres
tu índole de hombre vencer,
todas las veces que fueres
a ofender a las mujeres,
piensa en mí, que soy mujer.

*Vuelve a besarlo y sale. Don Luis la mira alejarse
conmovido, y tras una pausa ordena a Gastón.*

DON LUIS

Vete ahora mismo al palacio
de los Pantoja, a tomar
hora en que yo pueda hablar
con tu señora despacio.
¿Sabes quién digo?

GASTÓN

Doña Ana
me figuro que será...

DON LUIS

Sí, Doña Ana.

GASTÓN

Malhumorado.

Voime allá.

¡De esta hecha, Tenorio gana!

Se oyen ruidos de reyerta y gritos de mujer en la calle.

VOZ DE MUJER

Desde fuera; pero muy próxima a la cancela.

¡Téngase el hidalgo, o llamol!

VOZ DE HOMBRE

¡No cejéis, que está desierta
la calle!

DON LUIS

A GASTÓN.

Desde la puerta
ve qué es ello.

GASTÓN

que obedeció.

Nada, mi amo;
máscaras de carnaval
que riñen...

VOZ DE MUJER

Aun más cerca.

¡Favor!

GASTÓN

Hablando hacia la calle.

¿Quién llama?

VOZ DE MUJER

Abrid!

Surge en la cancela una figura de mujer, que mira hacia atrás, como si viniese perseguida.

DON LUIS

¿Quién es?

GASTÓN

Abriendo.

Una dama.

DON LUIS

Yo, un hombre. Tal para cual
la suerte nos acomoda;
conque, déjala pasar.

*Apresuradamente entra en el patio la dama, que es arrogante y trae cubierta la cara con un antifaz.
DON LUIS dice a GASTÓN en voz baja.*

Y corre, a Doña Ana, a dar
seguridad de mi boda.

GASTÓN

Señalando a la recién llegada.

Viene de antifaz y manto...

DON LUIS

¡Pues ya me cayó tarea
si he de averiguar quien sea!

GASTÓN

Frotándose las manos al salir.

¡Menos mal que así, entretanto,
la cifra se redondea!

Desaparece GASTÓN. Al quedar solos, la dama y DON LUIS cruzan las miradas.

DON LUIS

Para sí.

Más arrogante mujer
No vi en mi vida...

Adelanta unos pasos, pero sin alejarse demasiado de la puerta como para guardarla si la dama intenta salir.

Señora,
pasó el contratiempo; ahora
decidme qué puedo hacer...

DOÑA ANA

Ved qué hace, en la calle, un tal
de quien escapando voy.

DON LUIS

Desde la cancela.

Se aleja. Sabrá quien soy.

DOÑA ANA

Para sí.

¡También yo, para mi mal!

DON LUIS

Por lo visto, ese importuno
ha merecido de lleno
vuestro enojo.

DOÑA ANA

Siempre hay uno
que codicie el bien ajeno.

DON LUIS

¿Ajeno? ¿Tan linda mano
tiene dueño?

DOÑA ANA

Lo tenía.

DON LUIS

Pero... ¿no lo tiene?

DOÑA ANA

En vano
tratáis de saber, Mejía.

DON LUIS

¿Mejía?... ¿Os es conocido
mi nombre?

DOÑA ANA

¿Qué os maravilla?
Tanto sonáis, que Sevilla
ya os conoce por el ruido.

DON LUIS

¿Sabéis que empiezo a pensar
que no os debí franquear,
para que entraraís, mi puerta?

DOÑA ANA

Pues no os duela: sigue abierta;
todo se puede arreglar.

Va hacia la cancela.

DON LUIS

No obstante, ¿si yo intentara
saber quién sois?

DOÑA ANA

No os valiera.

DON LUIS

Dando un paso.

Pero... ¿si yo os lo pidiera?

DOÑA ANA

Pero... ¿si yo me negara?

DON LUIS

Cerrando el paso.

Os negaríais en vano,
porque Mejía es capaz
de arrancaros con su mano,
si avanzais, el antifaz.

DOÑA ANA

No lo haréis. No os pagaría
mi cara la villanía ,
de la ofensa que anuncíais;

no tiene la lozanía
de las que vos codiciáis.
Abrió al resbalar el llanto
en mi piel dos surcos rojos,
y como lloraron tanto
por una pasión, traen manto
de nazareno mis ojos.

DON LUIS

¡Pues ya, hasta veros, no vivo!
Cabalmente, de incentivo
sirvió siempre a mi pasión,
consolar un corazón
que esté de amores cautivo.

DOÑA ANA

Midienao las palabras.

Pues de otro hombre, hoy mismo, oía
lo mismo, en frases iguales;
no es la variedad, Mejía,
prenda, por lo visto, hoy día,
de amantes profesionales.

DON LUIS

¿Otro hombre os lo dijo? ¿Quién?

DOÑA ANA

¿No adivináis? Fué ese tal,
de quien, por salir con bien,
vine huyendo hasta el portal
de vuestra casa... Y también,
como vos, instando en vano,
me dijo que era capaz
de arrancarme el antifaz
de la cara, con su mano.

DON LUIS

Pues acrecienta mi afán
saber que en Sevilla, un hombre,
se las echa de galán
a un paso de mí... ¿Su nombre?
Pronto, ¿Quién es?...

DOÑA ANA

Un Don Juan
que dicen que es Burlador
de Sevilla y vuestro amigo.

DON LUIS

¿Don Juan? ¡Pues sea conmigo
la muerte, si vuestro amor,
primero que él, no consigol

DOÑA ANA

¡Mentís, Don Luis!

DON LUIS

¿Qué decís?

DOÑA ANA

Que no os creo; ¡y así fuera
mi salvación tan certera,
como es cierto que mentís!
Porque ese amor que os preciáis
de conquistar tan en breve,
ya era vuestro, ¡y vos dejáis
que cualquiera se lo lleve!

*Se detiene un instante en espera de la respuesta de
DON LUIS que, perplejo, retrocede.*

¿Veis, señor? No sois capaz
de arrancármelo, y yo voy
a quitarme el antifaz
para que sepáis quién soy.

Se quita el antifaz.

DON LUIS

¡Doña Ana!...

DOÑA ANA

Doña Aana, sí.

¿Qué os extraña?

DON LUIS

¡Vos!... ¡Aquí!

DONA ANA

¿No es ésta vuestra morada?

DON LUIS

¡Sola!

DOÑA ANA

¿Vinísteis por mí
y os he rechazado? Nada
de que no os podáis culpar
vos mismo, habéis de encontrar
en mis pasos de mujer;
dudaba, quise saber;
supe, y me voy a vengar.

DON LUIS

¿Don Juan se atreve?...

DOÑA ANA

Él a nada;

para poderme lograr,
dice que no ha de emplear
contra vos, fuerza ni espada;
que para ver, de los dos,
quien a la postre me gana,
¡me apostaré contra vos
en cierta apuesta, mañanal

DON LUIS

¿Y vos, airada?...

DOÑA ANA

¿Queréis
que os diga que me he indignado?
No: me envanecí... ¡Ya veis
Mejía, cómo he cambiado!

DON LUIS

Pero, ¿imagináis, señora
que he de dejarle cumplir
lo que dice?

DOÑA ANA

Sé que ahora
vos se lo habéis de impedir.

Ayer, para serme fiel,
nada, aunque poco os pedía,
me hubierais dado, Mejía;
pero hoy, por los celos de él,
vuestra alma que os pida, es mía.
Por eso hasta aquí he venido;
porque al venir descontaba
que este instante me vengaba
de todo lo que he sufrido...
Sé hasta dónde el desafío
de un necio os trueca, Mejía;
lloré ayer, y no os tenía;
ahora él me quiere, y sois mío.
Natural es que concluya
que se lo debo a Don Juan;
¡sois mío, por el afán
que él pone en hacerme suya!...

DON LUIS calla; DOÑA ANA, acercándose y tendiéndole su mano, añade:

La mano, Don Luis... No quiero
con vuestro enfado partir.
Saludémonos primero
como, antes de combatir,
caballero y caballero...

DON LUIS

Al sentir entre las suyas la mano de la dama, DON LUIS, murmura apasionado:

¡Doña Ana!

DOÑA ANA

¡Qué entonación,
la vuestra, para un saludo!...

DON LUIS

Doña Ana, es que os oigo, y dudo
que me habléis de corazón.

DOÑA ANA

Mi amor pretenden robaros;
vine, os lo avisé, y sufrís...
Pues yo confieso, al dejaros,
que me ha sido grato hablaros
en vuestra casa, Don Luis...

Mirando a su alrededor.

Algún día, pudo ser
mi casa... Y es a mi modo...
Mejía, se echa de ver
que la mano de mujer
de vuestra madre, está en todo...

*Sigue andando hacia la cancela. El patio es rosado al
último fulgor del dia. Suena el toque de oración.
DOÑA ANA vuelve melancólicamente la cabeza.*

No os envanezcáis, si brilla
tierno llanto en mi mejilla
volviendo a esta paz la espalda...

¡La oración en la Giralda!...

¡La hora de amar en Sevilla!...

Hace un supremo esfuerzo y va a salir

¡Adiós!

DON LUIS

Queriendo detenerla.

¡Anal!

Bruscamente se abre la cancela y aparece en el patio.

LUCÍA. DOÑA ANA se detiene.

DOÑA ANA

¿Quién?

LUCÍA

Lucía.

DONA ANA

Imponiéndose.

¿Qué nos traes?...

LUCÍA

Subyugada, inclinando la frente, después de una pausa.

— Va a anochecer...

A acompañaros venía,
por si quisierais volver.

DOÑA ANA

Con ligera ironía, a DON LUIS.

¡Hase visto más cumplida
voluntad?... No está en el uso
cuidar como ella me cuida...

LUCÍA

De vuestra ausencia advertida,
vuestra madre lo dispuso.

DOÑA ANA

Pues vamos, Lucía.

DON LUIS

Reteniéndola siempre.

¡Nol...

DONA ANA

Si me quiere acompañar,
¿por qué lo habéis de estorbar?...

DON LUIS

Con arranque.

¡Porque os acompañó yo!

Se acerca a la derecha y grita con exaltación:

¡Mis pajés, aquí!... ¡Llegad!

¡Y con hachas y blandones
encendidos, los crespones
romped de la oscuridad!...
¡Venid!

LUCÍA

¡No, Don Luis!

DON LUIS

Como si hablara a una desconocida.

¿Qué pasa?

DOÑA ANA

¿Pero, vos...?

DON LUIS

¿Qué astros caerán,
porque, a su dama, un galán
le dé escolta hasta su casa?...
¡Traidora es la noche, y quiero
si alguien os mueve contienda,
que únicamente el acero
de quien ya es vuestro, os defienda!

Han ido entrando pájares con hachas y faroles. Entre ellos, viene LA MENDIGA, que, atenta a las últimas palabras de DON LUIS, pregunta:

LA MENDIGA

¡Lo decís de corazón,
Don Luis?

DON LUIS

Brusco, volviéndose.

¡Te importa ello a ti,
mendiga?

LA MENDIGA

Dulce, inefable.

Me importa a mí,
como a vos, la salvación
de vuestra alma; y puede ser
que, si lo olvidáis, un día
por guardar una mujer,
perdáis el alma, Mejía...

DON LUIS

Exaltándose más cada vez.

¡Pues yo estoy a lo que digo,
y más si el alma me cuestal...

A Doña Ana.

¡Os adoro, y os consigo,
contra Don Juan y su apuesta!...
¡Sevilla absorta ha de dar
mayor crédito a mi brío,

cuando me vea apostar,
por el placer de ganar,
hasta lo que sólo es mío!

A Doña Ana, trayéndola hacia sí.

¡Vos conmigo, ya jamás
ni por nadie separados!

LUCÍA

Acerándose sumisa, desgarrada.

¿Y yo, señor?

DON LUIS

Orgulloso, dominante

¡Tú abrirás
la marcha con mis criados!
¡A buen paso, en doble hilera,
precedednos!... Un momento
volcán se improvise el viento,
¡y anuncie a Sevilla entera
tanta llamarada roja,
que, al regresar de París,
vuelve a los brazos Don Luis
de Doña Ana de Pantoja!

Salen los pajes, y LUCÍA con ellos; DON LUIS da su mano a DOÑA ANA y salen también. LA MENDIGA ha caído de rodillas y reza, sola, en un rincón del patio.

TELÓN



ACTO TERCERO

ANTECÁMARA de Doña Ana, en su palacio de Sevilla. Al fondo, izquierda, puerta que da al vestíbulo de la casa. Al fondo, derecha, casi en el rincón, ventana practicable. En la izquierda, puerta sobre un corredor que comunica con otra ala del palacio. En el primer término del mismo lado, altar retablo con la imagen de la Dolorosa. En la derecha se abre la puerta del cuarto de

Doña Ana.

Por la ventana abierta se ven tejados y azoteas de otras casas
bajo el cielo estrellado.

LUCÍA, acurrucada, está inmóvil junto a la puerta de Doña Ana. Varios relojes de torre dan las dos de la madrugada en la ciudad.

Ruido, en la calle, de una puerta que abren y cierran.
En la estancia no hay más luz que la que da un alto velón de
picos, y la claridad estelar que llega por la ventana.

LUCÍA

Incorporándose al sonar la hora.

Las dos... Fué en la calle el ruido
que me pareció escuchar...

*Se dirige a la ventana. Se asoma y queda un rato
afanosamente atenta.*

Sin duda... Acaban de entrar
y suben... ¿Quién habrá sido?
Tal vez, si ignora el final
de la apuesta en la hostería,
vendrá a saberlo Mejía...

Suenan golpecitos de llamada en la puerta del fondo.
No es él... ¿Quién va?

PASCUAL

Apareciendo.

Yo, Pascual.

LUCÍA

¿A quién buscas...?

PASCUAL

A Doña Ana,
nuestra dueña. Y la he de ver...

LUCIA

¿Sin esperar la mañana?

PASCUAL

Lo antes posible ha de ser.
A cumplir órdenes voy
de quien nos puede mandar

como ella misma, porque hoy
ha de llevarla al altar.

LUCIA

¿Don Luis?

PASCUAL

Don Luis...

Confidencial.

Al volver

a casa, anoche, a las nueve,
le vi... ¡y el diablo me lleve
si así le esperaba ver!
Porque le topé que andaba
prisionero, acompañado
de un tropel que le llevaba
sin armas y maniatado.
Salí del tropel en pos,
y supe lo que ocurría...
Por lo visto, en la hostería,
se disputaron los dos,
Tenorio y él... Hace un año
citárónse, para ver
cuál de ambos podría hacer,
en igual tiempo, más daño.
Y, las listas confrontadas,
quedando en tela de juicio

la partida, las espadas
a punto de hacer su oficio,
y bravos los dos, por dar
más aparato a la fiesta,
convinieron en dejar
apalabrada otra apuesta.
Todo eso añade a su fama
cada cual; ambos firmaron
un nuevo pacto: apostaron...

LUCÍA

... la fe de una misma dama.

PASCUAL

Exactamente; y partieron.
Pero Don Juan, precavido,
pagó esbirros que prendieron
a Mejía, en un descuido;
y, libre por ese lado
de estorbos, preso el rival,
llegar esperó al final
del lance sin más cuidado.
Porque el plazo es perentorio:
lo que hay de noche hasta el día...

LUCÍA

Pues ha perdido Mejía...

PASCUAL

Falta que gane Tenorio.

LUCÍA

Evasiva.

Y, ¿te mandó el prisionero
buscar a Doña Ana?

PASCUAL

Sí;

ya he dicho que le seguí
fingiéndome su escudero;
pero fuera me han dejado
de su prisión; he logrado,
por fin, trepar a una reja
y él gritó, viéndome; «¡Deja,
Pascual, que pase el nublado!
Yo lograré que de aquí
me saquen mi oro o mi acero;
tú busca a Doña Ana, y dí
que, desesperado, espero
de su voluntad, mi suerte;
que soy suyo; y que no olvide
que ahora es ella quien decide
de mi vida o de mi muerte.»

*Mientras habla se ha abierto la puerta del cuarto de
DOÑA ANA y ésta aparece, sin que la vean LUCÍA
ni PASCUAL.*

DOÑA ANA

Conocía, desde ayer,
la alternativa Doña Ana.

Ambos, al oír su voz, se vuelven; PASCUAL sorprendido, LUCÍA con estupor.

Pascual, será menester
para un viaje que he de hacer,
Dios mediante, esta mañana,
que dispongas mi hacanea...

PASCUAL

¿Vos, un viaje?... ¿Largo?

DOÑA ANA

Sí.

PASCUAL

¿Y adónde iréis?

DOÑA ANA

Donde sea
tan sólo me importa a mí.
Pero urgiendo que salgamos
con el alba, en tí confío
que has de ponerte al avío
sin dilación...

PASCUAL

¿Cuántos vamos?

DOÑA ANA

Yo sola; y tú, de espolique.

PASCUAL

Pero...

DONA ANA

Con sequedad.

Y vete a tu mandado,
que yo no quiero criado
que pregunte ni replique.

Sale PASCUAL por donde ha venido. Hay un corto silencio. DOÑA ANA lo rompe, dirigiéndose a LUCÍA:
¿Cómo, a estas horas, despierta
y en pie?... ¿Qué tienes, Lucía?
No amaneció todavía...

LUCÍA

La sien pegada a esa puerta
quedéme anoche, a esperar
vuestras órdenes. Creía
que a cada instante, os oía
mis cuidados reclamar;
y no he dormido...

DOÑA ANA

¡Piadosa,
como siempre!... Recelabas
que, ante el agravio, furiosa
me revolviera, y temblabas
por el galán y por mí...
No, ¡ya ves! Todo ha pasado
sin escándalo... ¡No vi
designio más bien trazadol!
Como que, casi impaciente,
recogiéndome, esperé
yo misma, desde que entré,
que abrieras al imprudente.
Sólo no entiendo, Lucía,
por qué razón encubierta,
al franquearle mi puerta,
dijiste que era Mejía...

LUCÍA

Turbada.

Me lo mandaron decir...
Yo lo ignoraba... De noche,
no podía distinguir
quién era, y...

DOÑA ANA

Atajándola.

Ningún reproche
quiero que te hagan mis labios...

¿Por qué te voy a culpar,
si me ayudaste a tomar
venganza de mis agravios?
¿Ni de qué te culparía,
mujer?... ¿Sabías tú acaso,
que el hombre a quien dabas paso
no era Don Luis?...

LUCIA

Irguiéndose, en actitud desesperada de reto.

¡Lo sabía!

DOÑA ANA

Digna, tranquila.

¿Sabías que era...?

LUCIA

¡Don Juan!

DONA ANA

¿Y, sabiéndolo, has vendido
la mano que te da el pan?

LUCÍA

* No vendí nada: he querido
separaros del que adoro.

DOÑA ANA

Por si rechinaba o no
la cerradura, ofreció
doscientas doblas en oro
Don Juan, y te las pagó.
Porque anoche, antes de veros
a ti abrir y al hombre entrar,
¡ya os delataba el trincar
a Judas de sus dineros! *

LUCÍA

Para que creyera en mí
tomé sus doblas; quería
que él os viese antes del día;
ya os ha visto, y logró así
¡que hoy no seáis de Mejía!

DOÑA ANA

Enardeciéndose gradualmente.

¡Y la deshonra y el lodo
que van a manchar mi vida,
no te importan: hembra herida,
tú eres primero que todo!

LUCÍA

No yo: ¡mi amor!...

DOÑA ANA

No bastaban

los yerros acumulados
contra mí; ni tus pecados
ni su ingratitud lograban
en tus brazos retener
al tornadizo galán;
y comprendiendo anteayer
que los celos de Don Juan
le decidían por mí,
sin ver quién soy ni quién eres,
ni mi honor, ni tus deberes,
ni el amparo que te dí,
lepra en casa de tu dueña,
perra intrusa en el rebaño
pasaste por el amaño
de la llave y de la seña,
y abriste, por cuenta mía,
mi puerta, en casa, a un malvado,
¡con lo que me has separado,
para siempre, de Mejía!

Una pausa. LUCÍA calla.

Lo sé... Lo pude estorbar
anoche, yo misma, cuando
oí tu voz resonar
junto a una reja y, pasando,
no quise oirte. La sien

en los hierros apoyabas,
y a réplicas te enzarzabas,
riendo, no sé con quién;
pero tan interesada
parecías conversar;
chispeaba tanto, al sonar,
tu risa desenfadada,
que, como apenas te ví,
¡yo misma dudé que fueras
la franca Lucía que eras
cuando yo te recogí!...
Partió el hombre decidido;
quedéme, incrédula yo;
y todo se realizó
como habíais convenido;
que, torpe, la noche allana
las sendas a la torpeza
de la vil índole humana...
pero, tiembla: ¡que ahora empieza
la venganza de Doña Ana!
Vender osaste, y cobrar;
mentiste para estorbar
con tu adorador mis bodas;
le querías separar
de mí..., yo más: ¡yo, de todas!
Va a ser día, y vas a ver
cómo al tratar, ofendida,
de separarnos ayer,

tratando estabas, mujer,
de su muerte o de su vida...

LUCIA

Con espanto.

¿De su vida o de su muerte?

DOÑA ANA, *tras una pausa, dice ya en otro tono:*

DOÑA ANA

Levanta: acerca un papel
que hay en mi horario, y en él
podrán, por mí, convencerte
los pactos que, en esa fiesta
con que a Sevilla afrentaron,
para jugarme a una apuesta,
dos caballeros trataron...

LUCÍA va al altar, coge de él el libro de rezos y se lo entrega a DOÑA ANA; ésta saca de entre sus hojas una carta que desdobra y lee:

Oye, y maldice:

«¡Señora,
trabóse ya la partida
y es a mi gusto, que ahora,
sobre la mujer que adora,
¡cada cual juega su vida!
Así no podréis creer,
dueña mía, por el sesgo
de lo que hablamos ayer,

que aspiro a vos sin poner
nada de mi cuenta y riesgo.
Pongo mi vida, su vida
pone Don Juan, y ello a vos
ni os retraija ni os decida,
que como cosa perdida,
la teníamos los dos.
Sin preveniros, pudiera
llevar el juego adelante,
ya que es nada, y no quisiera
que os inmutara un instante
la suerte que nos espera;
pero, porque más concuerde
con vuestra intención la herida
que abráis, quedad prevenida.
Y adiós, Doña Ana: el que pierde,
pierde la dama y la vida!»

Calla Doña Ana, plegando el manuscrito. Lucía, sin acabar de comprender, horrorizada, pregunta:

LUCIA

¿Luego...?

DOÑA ANA

Implacable.

Luego a mí me infama
lo que esta noche has urdido;
¡pero Mejía ha perdido
su vida como su dama!

LUCÍA

* ¡Y osásteis...?

DOÑA ANA

¿Qué hablas de mí,
cuitada? ¿he sido yo, acaso,
quien a Tenorio dió paso
anoche, a las diez?

LUCÍA

Desplomándose, sollozante.

¡Yo fuí!... *

DOÑA ANA

¡Díselo cuando, a la aurora,
viendo que no ha de llevar
a tu señora al altar,
maldiga de tu señoral

LUCÍA

Pero... ¿vos no le hablaréis?

DOÑA ANA

¡Nunca más!...

LUCÍA

¡Por qué os remuerde
la conciencia, y os tenéis
por incapaz, si le veis,
de confesarle que pierde?

DOÑA ANA

¡Porque arrojaron los dos
tantas sombras en mi fama,
que ya, de hoy más, si no es Dios,
nadie ha de ver a tu amal!

Aparece PASCUAL en la puerta del fondo.

PASCUAL

Quedan, abajo, esperando
vuestros caballos, señora.

LUCIA

¿Partiréis hoy mismo?

DOÑA ANA

Y cuando
rompa en el cielo la aurora,
yo estaré sola, en la calma
de mi clausura, a escuchar

la voz de Quien, al juzgar,
lee primero en el alma.

PASCUAL

Extrañado.

¿Qué ha podido acontecer
para contratiempo tal?...

DONA ANA

Tú baja a esperar, Pascual,
y antes del amanecer
soy contigo.

*Sale el criado. Doña Ana, dejando antes transcurrir
una pausa, se acerca a Lucía.*

Voy a entrar

Lucía, en el aposento
de mis padres... Un momento
quiero verles y besar
sus manos, sin que me adviertan:
porque, si al ruido despiertan,
y he de hablarles, no podría...
La clausura es media muerte;
reza por mí, sé leal...
Y si ellos toman a mal
que su hija no les despierte
partiendo, y sufren los dos,
¡díles, besando sus pies,

las lágrimas con que ves
que entro a decirles adiós!

Sale. LUCÍA se acerca al retablo y enciende su lámpara. Clava sus ojos en la imagen. Deja caer sus brazos, abatida.

LUCÍA

Pensativa, casi entre sollozos.

Mi vida la hubiera dado
para vengarme... ¡Hoy la diera
para no haberme vengado!...
Su olvido me enloquecía...
Pero sé que ha de morir,
¡y veo que no sufrirá!...

Inquieta, da unos pasos. Se acerca a la ventana. Levanta los ojos.

¡Cielo de las madrugadas,
en tu seda negra hay oro,
lo mismo que en sus miradas!...
No sé si va a amanecer,
o me lo parece a mí
porque al alba le he de ver...

Pausa. Transición.

Si cuando llega, me cierra
los brazos, ¡le pediré
que se me trague a la tierra!
En veinte años, sólo un día

fuí suya, ¡y hoy no sé cómo,
si le pierdo, viviría!...

Se aparta de la ventana.

¡Para qué soy tan cobarde
que estoy pidiendo que venga,
y estoy queriendo que tarde!...
Si viene, le he de decir;
si le digo, ha de saber;
¡y si sabe, ha de morir!...

Cayendo a los pies de la Dolorosa.

Virgen del Mayor Dolor...
¡de seguro que esa espada
la hundió en tu carne el amor!
¡De seguro que te hiere
porque, como yo, te ves
queriendo a quien no te quierel...
¡Santo Cristo, Madre mía
que hacéis milagros, ¡haced
que no llegue nunca el díal...
¡Qué él no sepa, ya que espera!
¡Qué dure la noche!... Y no
para no morirme yo,
Señor: ¡para que él no muera!...

Se deja caer a los pies del retablo, como muerta... Así permanece, inmóvil, sin darse cuenta de lo que ocurre en escena. Bruscamente se abre la puerta del fondo, y ALBORNOZ, que trae desnuda la espada, se vuelve hacia MOLINA y RUIZ, que le siguen en igual disposición, y les dice:

ALBORNOZ

¡Entremos!... Nadie, en la casa...

MOLINA

A Ruiz.

Por lo que se ve, ni huella
de galán.

ALBORNOZ

Viendo a Lucía.

¡Bajad la voz,
pueden oiros!...

Molina y Ruiz se le acercan.

MOLINA

¿Qué pasa?

ALBORNOZ

Señalando a Lucía.

Una mujer...

MOLINA

¡Asid de ella,
y amordazadla, Albornoz!

*Albornoz se dirige a Lucía que, sin dejarle llegar,
se levanta y quiere huir gritando:*

LUCIA

¡Favor!

ALBORNOZ

Sujetándola, al paso.

¡Calla!... gente amiga,

Lucía: los compañeros
de tu amigo de anteayer...
Y, para que no se diga,
libre quedas.

La suelta sonriendo.

LUCIA

Caballeros,
yo os juro...

ALBORNOZ

Calma, mujer.

MOLINA

Atenio.

En este aposento, al lado,
sonaron pasos...

ALBORNOZ

Uniéndose a éi.

¡Su puerta
guardemos!

MOLINA

¡Buscadla!

ALBORNOZ

Por la del cuarto de Doña Ana.

¡Esta es!

RUIZ

Escuchando.

Son ellos, que habrán saltado
por el balcón.

MOLINA

¡Pues alerta
nos encuentren a los tres!

A Lucía.

¿Quién duerme en ese aposento?

LUCIA

Nadie, esta noche...

MOLINA

Presiento
que erramos el golpe.

RUIZ

Imponiendo silencio

¡Oís?...

Alguien se acerca...

ALBORNOZ

Alguien viene.

MOLINA

¡Quién va?

Todos han prevenido las espadas.

VOZ DE DON LUIS, DENTRO

¡Quién no se detienel...

GASTÓN

Abriendo bruscamente la puerta del cuarto de Doña Ana.

¡Yo, Gastón!

DON LUIS

Apresciendo tras él

¡Y yo, Don Luis!

Se cerciora de que están en escena sus amigos y dice:

¡Pues ya dió fin la batidal
Lucía, yo bien quisiera

que nuestro encuentro de hoy, fuera
como el de noches atrás...
Pero quisiéralo en vano:
me acompañan otras gentes,
los sitios son diferentes,
yo estoy cambiado, tú más...

LUCIA

Señor...

DON LUIS

Rápido.

Cállate y escucha
sin protestar mi relato,
porque, al fin, me será grato
que nos digas tu opinión...

Lucía va a salir por la izquierda.

¡Pero, quédate! No intentes
sembrar la alarma, ¡o te juro,
que no hay para ti seguro,
si das un paso a traición!...

Pone, en efecto, su daga desnuda sobre la mesa y, sentándose, dice a sus amigos:

Oidme. Y acomodaos
que, de todos buen amigo,
sentándome, a nadie obligo
a que me escuche de pie;

casa donde entra el que quiere
y a la hora que él mismo elija
no hay por qué, de nadie, exija
que en ella incómodo esté.

MOLINA

¿Casa donde entra el que quiere?

DON LUIS

Como en un mesón. Lucía
que no ha hablado todavía
dirá si miento, al final...

Yo sigo hablando: La furia
con que a traición maniatado
quedé anoche encarcelado,
piense y mida cada cual.

Ya lo pensásteis apenas
se me llevaron; de modo
que, decididos a todo,
llegábais poco después;
y, dando oro al que cedía
y al que resistía hierro,
sano y salvo de mi encierro
salir pude entre los tres...

Vinimos frente a la casa
para apostarnos; y cuando
yo avancé solo, rondando,

topé en la esquina a Gastón
que, puntualmente, a la espía
quedóse la noche entera,
porque Don Juan no añadiera
la calumnia a la traición.

MOLINA

¡Y él os dijo...?

DON LUIS

Él no quería
decirme; pero, obligado,
me contó que un embozado
pasó esa puerta a las diez...

LUCÍA

¡Mentía!

DON LUIS

Calma... Yo mismo
te preguntaré, Lucía;
pero, después; todavía
no te ha llegado la vez.

A sus amigos.

Quise una prueba. Tomando
con Gastón la delantera

para escalar, si pudiera,
la casa por el balcón,
«¡Entrad —os dije—, aguardadme
vosotros en la antesala,
y si alguien huye, una bala
ponedle en el corazón!»

MOLINA

Y dicho y hecho. Nosotros
forzamos la puerta; entramos
por el zaguán, y avanzamos
sin contratiempo hasta aquí...

DON LUIS

Mientras yo y Gastón, salvando
por el aire, la distancia
desde la calle, a una estancia
llegamos...

MOLINA

¿Y vísteis?

DON LUIS

Vi.

A Lucía.

¿La estancia de tu señora,
Lucía, pienso que es ésta?

LUCIA

Titubeando.

La misma.

DON LUIS

A sus amigos.

¡Pulcra y honesta,
señores, como un altar!
Corridas las celosías,
baldaquín pegado al techo,
y una rueca junto al lecho
con los avíos de hilar.
Dos búcaros casi hermanos,
en dos bargueños gemelos;
moruna alfombra en los suelos,
blanca de cal la pared;
y, destacando severo
de la cabecera al lado,
un Crucifijo colgado,
con reclinatorio al pie...
¡Qué paz, qué hechizo en la estancial!
¡Qué candores de azucena,
y en qué nítida colmena,
qué miniatura de hogar!...
¡Maldita la desventura,
maldito sea el tropiezo
que heló en mis labios el rezo,
mandándome blasfemar!
Porque apenas, con el miedo

de profanarla, avanzamos
y en la estancia penetramos,
registrando con afán,
tuve en mis manos la prueba
de la traición de Doña Ana,
¡y esta evidencia villana
de la audacia de Don Juan!

Muestra un guante de fina gamuza que los compañeros se acercan a reconocer.

¡Su guantel... Un guante, caído
junto al balcón, que, al ganarlo
Don Juan, para franquearlo,
con los esfuerzos perdió;
que ayer nos mostraba, ofrenda
de romanas caprichosas,
¡y aún huele a todas las rosas
de las manos que estrujó!
No ya del suelo, del fango
lo he recogido, y quisiera
que aún, en su hueco, latiera
la mano que lo llevó;
porque esponja de veneno,
tirándoselo a la cara,
¡su propia mano cruzara
la faz del que me ofendió!

MOLINA

* ¡Traición de Tenorio ha sido!

DON LUIS

Jugué, me ganaron, pierdo,
pero soy hombre, recuerdo
que amé a Doña Ana y ¡por Dios
que he de ir a darle mi vida!
Pero, aunque un siglo luchemos,
¡no caeré, si no caemos
atravesados, los dos!...

A los amigos, que, sin palabras, observan a MEJÍA.

Ahora, dejadme, señores...
En la hostería impaciente
tal vez ya el vulgo comente
lo que no sabe; id, contad
el caso; y, siendo vosotros
quienes lo contéis, espero
que no bese, al ver que muero
por Doña Ana, la ciudad... *

Se acerca a su criado que, como los amigos, calla emocionado.

Gastón, a orillas del río,
donde el figón de la Zarca,
llégate y fleta una barca
por lo que quieran cobrar;
que yo, en ella, antes que asome
del sol la primera tinta,
por el río, hasta la quinta
de Don Juan he de llegar.

GASTÓN

Con emoción.

Voy... Y, os veré... ¿cuándo?

DON LUIS

Vivo,

tal vez nunca más...

GASTÓN, *con involuntario ademán, va a abrazarle.*

Espera...

Algo iba a decirte que era
preciso...

GASTON

¿Que os vengue?

DON LUIS

Como recordando.

No...

*Se quita el anillo de un dedo y, dándoselo a GASTÓN,
concluye:*

Toma: y si, yo muerto, vieras
a aquella mendiga un día,
dáselo en memoria mía,
por la voz con que me habló.

*Se estrechan las manos, y hay en la escena una pausa
solemne a la que MEJÍA pone término, dirigiéndose
a sus amigos.*

La despedida abreviemos:
¡Para vuestras manos, éstal...

MOLINA

Mejía...

Al estrechar su mano.

DON LUIS

Atajándole.

Fallé la apuesta,
mas no fallé la amistad;
lo sé. ¡Por vosotros, creo
que aún reserva a mi memoria,
Sevilla, un poco de gloria!
¡Id con Dios!

MOLINA

Saliendo por el fondo, con GASTÓN, ALBORNOZ y RUIZ.

¡Con Él quedad!

DON LUIS

Después de una pausa, con ira sorda.

¡Llama a tu dueña, Lucía!

LUCIA

¿Qué intentáis?...

DON LUIS

Rápido.

¡Sin replicar!

¿Por qué has de hacer esperar
más que a Tenorio, a Mejía?
Que si Don Juan el favor
te pagó en oro, al contado,
¡yo te pagué adelantado
con una noche de amor!
Llama a tu dueña...

LUCÍA

Vacilante, con miedo.

Mejía,

no está Doña Ana...

DON LUIS

Sarcástico.

¡Te enoja
que tenga, en un mismo día,
dos galanes la Pantoja!...
¿O es ardid para doblar,
resistiéndote, la tasa?
Pues no te ha de aprovechar,
¡que hombre es Don Luis para entrar
por ella, a saco en la casa!

LUCÍA

Deteniéndose

No está; ni de noche ha estado,
ni acaso esté ya en Sevilla.
Supo ayer lo concertado
con Don Juan; y, la mancilla
que echabais sobre ella al ver,
renunciando por los dos
al mundo, hizo voto a Dios
de su vida de mujer.

DON LUIS

¡Falso: estál... Llama a tu dueña;
corre en su busca, Lucía!
Dile que oiste mi seña;
que está en la calle Mejía...
Tráela; es tu oficio, villana.
No habré llegado el primero;
pero, se me antoja, ¡y quiero
ver, en su casa, a Doña Anal!

LUCÍA

¡No, no!... ¡Cuánto pretendáis
de sus pasos inquirir,
yo os lo diré, sin mentir!...

DON LUIS

¡Tráela!

LUCÍA

¡Nuncal!

Se abre la puerta de la izquierda y, ya en severo traje de camino, aparece Doña Ana.

DOÑA ANA

¿A qué gritáis?

DON LUIS

Retrocediendo al verla.

¡Vos!...

DOÑA ANA

Sí, Mejía: ¿qué os pasa?
¿qué ocurre? ¿qué me queréis?
Ya estoy aquí... ¡Ya podéis
ver a Doña Ana en su casa!

LUCÍA

Tratando de contenerla.

Dueña...

DOÑA ANA

Volviéndose rápida, imperativa.

¡Tú, sal!... No quisiera,
ya que Don Luis me llamó,

que, esta vez, entre él y yo
ninguno se interpusiera.

*Tono y ademán obligan a Lucía a desaparecer por la
izquierda. Breve pausa angustiosa al quedar solos
Don Luis y Doña Ana.*

DON LUIS

Decidme, en nombre del cielo:
¿debo morir... o matar?

DOÑA ANA

¡Preguntáis!

DON LUIS

Porque recelo;
¡pero acuso, al preguntar!

DOÑA ANA

Si receláis fuera vana
cualquier respuesta que os diera;
salid, y Sevilla entera
os conteste por Doña Ana.

DON LUIS

¡Luego... confesáis?

DOÑA ANA

Confieso

que, aun buscándolo, señor,
no hay resquicio en el suceso
por donde aliente mi honor.

Cruzó Tenorio mi puerta;
y, aunque se ocultó al entrar,
pudieron verle pasar
desde esa ventana abierta.
Pensó en partir y, delante
de mi balcón, quiso Dios
que le resbalara un guante,
para que lo alzarais vos.

* Su manto encubrióle cuanto
pudo el embozo prestar;
pero hizo el aire, al saltar,
que se le volara el manto. *

Descolgóse, y al fulgor
de la luna que apuntaba,
toda mi casa empañaba
la sombra del Burlador!

No hay resquicio en cuanto os digo
que dé a mi honor esperanza...

Y eso quiero... Es mi castigo...
¡Pero es también mi venganza!

DON LUIS

¿Venganza?...

DOÑA ANA

¡Míal... En la furia
con que el vulgo oye o relata
lo ocurrido, a mí me injuria,
Don Luis..., ¡pero a vos, os mata!
Pensarlo importaba, cuando
tan ruin Don Juan como vos,
ya usasteis de mí apostando
lo que era sólo de Dios!
Ahora, cumplid; no os envíe
su escudero el Burlador...
Deudas de juego y de honor
se pagan: ¡no hay quien la fíel!

DON LUIS

Ni rehuyo el compromiso,
ni regateo la paga:
mi deuda se satisfaga
con mi vida, si es preciso;
pero..., a mí..., vos..., ¿qué razones
me dáis?...

DOÑA ANA

¿Razones el mal?
¿Razones el fango, igual
que las leales acciones?...
¡No las doy!

DON LUIS

¡Aunque os hubiera,
Don Juan, rendido a traición?...

DOÑA ANA

¡Aunque a la fuerza cediera!...
¡Qué importará la manera,
si es cierta la humillación?
Sí: yo estaba en mi aposento,
cuando Don Juan entró allí...

DON LUIS

¡Callad!...

DOÑA ANA

Yo estaba: y yo vi
la mancha roja, en el viento,
de su capa aventurera,
cuando él, dejando el balcón,
¡dió en pasto mi corazón
y mi honra, a Sevilla entera!

DON LUIS

¡Él, no; vos misma, Doña Ana;

porque su poder no es tal,
que a nadie se imponga el mal
sin la voluntad humana!
¿Calláis?... ¿Cedisteis, acaso?
¿Triunfó Don Juan?...

DOÑA ANA

No Don Juan...

¡la ráfaga de huracán
que desencadena al paso!

DON LUIS

¿Y... nada más añadís?

DOÑA ANA

Nada más.

DON LUIS

¿Ni una engañosa
disculpa?

DOÑA ANA

Sólo una cosa:
que siempre os quise, Don Luis;
que viví ufana, pensando
llegar a ser vuestra un día;

y que hoy os lo digo, ¡cuando
ya no he de serlo, Mejía!

DON LUIS

Luego, tan sólo mi nombre
pudo abrir paso hasta vos,
para que triunfase, al hombre
que hoy nos separa a los dos;
y pues, mintiendo, a traición,
en lugar de otro ganaba;
pues robó lo que lograba
con astacias de ladrón,
su corazón, a despecho
de su orgullo, a vuestros pies
os juro arrojar, ¡después
que se lo arranque del pecho!

DOÑA ANA

Apasionada, pero implacable.

No lo haréis: porque, apostar
mi lealtad de mujer
ya fué, Mejía, aceptar
que la podíais perder.

DON LUIS

Yo os digo que nunca hubiera
mi vida expuesto y mi fama

por vos, si a tiempo supiera
la mujerzuela cualquiera
que lleva en su alma una dama

DOÑA ANA

¡Oh, callad!...

DON LUIS

* ... Digo que espero,
saciando en él mi furor,
darle el desquite a mi honor
que reclama un caballero;
pero no espero, no sé,
no hay ley, no hay venganza humana
que a mi corazón le dé
la represalia, Doña Ana...
La fe con que en vos creía
me la habéis asesinado;
conque, aun mataros, sería
poco castigo y menguado,
porque mayor todavía
fué vuestro crimen de hacer
que, ante vos, por vez primera,
Mejía se arrepintiera
de adorar a una mujer!...

DOÑA ANA

¡No, Don Luis!... *

DON LUIS

Sin oirla.

¡Tocas y manto
vestid, cilicio y sayal,
para que, manando, el llanto
la lepra os quemé del mal;
corred al claustro, los besos
a olvidar, de la pasión,
en la tremenda lección
del Crucifijo y los huesos!...
Porque yo, acaso, pudiera
vengarme de vos Doña Ana,
y en buena justicia humana
la muerte aquí mismo os diera;
pero, de niña escogida,
tanto os quise y tan en vano,
que aun hoy, al veros caída,
¡me cortaría la mano
con que os quitara la vida!
Vuestro amor que era lejana
claridad en que ponía
toda mi esperanza humana,
sé que es mío, el mismo día
que a vos os pierdo, Doña Ana...
Y pues, ni del mundo espero,
ni de vos nada, mi acero
es ya mi único sostén...

Desnudando la espada.

¡Adiós, y él me valga, bien
si mato... y mejor si muero!

Sale ciego de ira y de amor: Doña Ana cae a los pies del Retablo, juntando las manos en desesperada súplica.

TELÓN





E P Í L O G O

Arboleda con grupos de adelfas y rosales que la convierten casi en jardín, cerca del Guadalquivir, cuya cinta espejea en el fondo. A la derecha uno de los costados de la quinta de Don Juan. En el confín del río, con las velas henchidas y la oronda popa hacia la ciudad, un bergantín parece inmóvil. La luz del alba dibuja apenas el paisaje.

Llegan, por el fondo izquierda, ambos en traje de camino, el escudero Pascual y su ama Doña Ana de Pantoja.

DOÑA ANA

Tú vé, Pascual, a esperar
que acaben de trasladar
de una a otra orilla, los dos
caballos; y aquí, con Dios,
déjame a solas, hablar...

PASCUAL

Disponiéndose a salir.

Como mandéis... ¿Está lejos
el convento adonde vamos?

DOÑA ANA

Cerca... Espero que podamos,
con los primeros reflejos
del sol, llamar a su puerta.

Sale PASCUAL; y apenas ha desaparecido, llega por la derecha, pegándose a la pared de la quinta y ocultándose tras una de sus esquinas, LUCÍA, que observa el lugar angustiosa y anhelante.

LUCÍA

¡Nadal... ni una luz... ni un ruido...
¡Dios mío!

DOÑA ANA

Al oír el rumor de sus pasos y su queja.
No está desierta
la arboleda... ¿Quién ha sido?
Avanza en dirección a LUCÍA, hasta reconocerla.
¡Lucía!

LUCÍA

¡Doña Ana!... ¿Vos?
¿Sola, a estas horas, aquí?

DOÑA ANA

Pascual me escolta. Y los dos
vamos a cumplirle a Dios
la palabra que le di.

LUCÍA

Vacilando.

Pero... ¿sabeis dónde estáis?

DOÑA ANA

Al otro lado del río...

LUCÍA

Y el recinto en que os halláis
abandonado y sombrío;
y esos sillares oscuros
que resguardándolo están,
son el jardín y los muros
de la quinta de Don Juan.

DOÑA ANA

¡Su quintal... ¡Y Don Luis!...

LUCÍA

Le vi

tan otro, cuando salía
de hablaros, que parecía
desvariar, y le seguí.
Llegó al río; le esperaba
una barca; saltó en ella,
partiendo como centella

que la noche se tragaba,
y aquí, tras él, he venido;
mas, con el tiempo perdido
con otra barca hasta dar,
ni aquí le he visto al llegar,
ni supe de él lo que ha sido.

DOÑA ANA

Impresionada, pero dominándose.

De todas suertes, Lucía,
si esta es la quinta y estamos
en ella...

LUCÍA

¡Tal vez llegamos
a presenciar su agonía!

DOÑA ANA

¡Calla!...

LUCÍA

Con sobresalto, avizorando.

¡Callad vos!... Un paso...

¿Verdad?

DOÑA ANA

Escuchando.

Sí; pero tan leve

como si plantas de raso
pisaran copos de nieve...

*Se oye, por el fondo derecha, la voz de LA MENDIGA,
llamando.*

LA MENDIGA

¡Doña Ana!

DOÑA ANA

Sobre cogida.

¿Oiste llamar?

¿Quién será?

LUCÍA

¡Dios le bendiga,
si de él nos habla, al llegar!

DOÑA ANA

¿Quién llama?

*Como una claridad, llega LA MENDIGA por el fondo.
trae entre sus manos un puñado de flores.*

LA MENDIGA

Yo...

LUCÍA

¡La Mendiga!

DOÑA ANA

¿Qué quieres?

LA MENDIGA

Después de una pausa, acercándose a Doña Ana.

¿Sois vos, señora,
la Doña Ana que me dijo
que iba a casar con su hijo,
esta mañana, a la aurora,
Doña Leonor de Olmedo?

DOÑA ANA

Sí, yo he sido. Y tú... ¿quién eres?

LA MENDIGA

¿Yo?... No sé... Quiero, y no puedo
recordar quién soy, mujeres...

LUCÍA

A Doña Ana, que escucha con indecible interés a La Mendiga.

Dejadla... Es una inocente
que pedía caridad,
no ha mucho, en la Trinidad,

Desapareció... La gente
la creyó muerta...

LA MENDIGA, que había quedado extática, parece recobrar a estas palabras al hilo del recuerdo. Sonríe y añade:

LA MENDIGA

Eso... Un día,
mendiga desamparada,
como una flor arrancada
por el huracán, moría...
Pero, cuando iba a morir,
tocó no sé quién mi frente,
y me sentí revivir
con un alma diferente;
con un alma que traía
en su amargura, reflejos
de otros cielos, allá, lejos...
No sé de dónde vendría...
La había visto llegar,
nubecilla sobre el río
flotando... Tocó al pasar
mi cuerpo, insensible, frío,
y entró en él, de igual manera
que entra en un nido sin dueño
la golondrina viajera
para conciliar el sueño.
En mi existencia anterior

a veces creo seguir;
y a veces, me hacen sufrir
no sé qué penas de amor...
La fosa abierta me espera;
pero me manda que siga
viviendo, el alma viajera
cuyo dolor me fatiga...
Yo soy la misma mendiga;
ella era... ¡No sé quién era!

DOÑA ANA y LUCÍA, *sin alentar, están oyéndola sobre recogidas, como ante algo sobrenatural.*

¿Miráis mis flores? Venía
mirándolas yo también;
no sé de parte de quién,
ni para quién las traía...

Andando como sonámbula, va a dejar sus flores sobre un banco de piedra que habrá a la derecha.

Aquí queden... Yo no puedo
retrasarme... Alguien me espera...
¿Cerca... o lejos?... Tengo miedo;
ya es tarde... A misa primera
llaman en la Trinidad
y...

Por un gesto de ellas.

No os apiadéis de mí
porque pida caridad;
peores cosas pedí...

Las pedí, no me las dieron,
y ahora las busco, alma en pena...

Cada vez con mayor angustia

¡Todos mis andrajos fueron
brocateles de Lorenal
Tuve, señora, el más fiel
de los hermanos... Y un día,
llorando a mis pies, decía:
«Me dejas sólo por él...
»No, no te has muerto; has querido
»donde él aliente, alentar;
»al lado suyo volar...»

*Parece perder el hilo del recuerdo oscuro. Y, de pronto,
dice ingenuamente:*

¡Gastón me ha reconocido!...

LUCÍA Y ANA

¿Gastón?...

LA MENDIGA

¡Sí!... Cuando venía
le he visto... También es fiel...
Me ha dado este anillo de él...

Lo muestra con alegría infantil.

LUCÍA

Con presentimiento desgarrador.

¡El anillo de Mejíal

LA MENDIGA

Febril, agitada, desde que oye el nombre de DON LUIS.

¡Mejíal!

Mirando a lo lejos.

¡Sí! ¡Sí!... ¡Callad!

A Doña ANA.

Ya sé; ya recuerdo, dama;
la misa en la Trinidad
no me importa... ¡Es él quien llama!

Vuelve, extática, a dilatar sus miradas.

¡Voy!... ¡Más allá de la vida,
por fin, los dos reanudamos
la plática que dejamos,
una vez, interrumpidal...

*Va a andar hacia el fondo derecha, pero sus piernas
flaquean.*

¡Oh... carne ruín, no me quiere
llevar!

*Cae de rodillas, después de dar unos pasos: ANA y
LUCÍA se acercan a socorrerla.*

DOÑA ANA

A Lucía.

¡Ayuda...!

LA MENDIGA

Incorporándose apenas, auxiliada por Doña Ana y Lucía, con los ojos fuera de las órbitas, señalando hacia el fondo derecha.

¿Quién es?...

¡Allá!... ¡Su sombra!...

LUCÍA

Con indecible angustia

¿Qué ves?

LA MENDIGA

¡Le han herido!...

LUCIA

¿Quién le hierió?...

¿Oís, Doña Ana?... ¿no oís?

DOÑA ANA

Queriendo convencerse a sí misma.

Perdió la razón... Delira
moribunda...

LUCÍA

¡No!... ¡La inspira
Dios!... ¡Ve morir a Don Luis!

LA MENDIGA

Se arrastra hasta el sitio indicado; se detiene; parece seguir en el aire un vuelo invisible; señala y suspira.

¡Se va!...

LUCÍA

¿Quién?

LA MENDIGA

Con voz natural; pero muy débil.

¡El alma!...

En un espasmo tenue, de pajarillo.

Huyó...

Cae hacia el fondo, casi oculta por los adelfos.

DOÑA ANA

Arrodillándose junto a ella.

No sufre ya.

LUCÍA

Apasionada, acercándose.

¿Muerta?...

DONA ANA

¡Sí!

LUCÍA

Cayendo también de rodillas.

¡Muertal... ¡Dichosa de ti:
le verás antes que yo...

Súbita sombra invade, unos segundos, la escena. Por el fondo derecha, precedido de una verdosa claridad de misterio, aparece DON LUIS, pálido, demudado y con la espada desnuda, en la actitud de quien persigue a otro que huyese. Un gran rosal, cubierto de rosas blancas, en el sitio en que cayó LA MENDIGA. ANA y LUCÍA han desaparecido.

DON LUIS

¡Detentel... ¡A mí, Don Juan!... ¡Ya no hay seguro
que de mi te defiendal... La ceniza
rueda, a mis pies, del impalpable muro,
y mi ingrávida planta se desliza,
como sobre aire, sobre el suelo duro...

Mira a su alrededor, buscando.

¿Dónde estás Burlador?... ¿Huyes?... ¿Te espanta
ver contra ti el relámpago amarillo
de esta acerada punta de cuchillo
que va a apagar su lumbre en tu garganta?
«¿Responda de ti, el cielo?» ¡No, tú mismo!
¡Tú vas a responderme del agravio
que me hicistel...

Reaccionando súbitamente, con la voz mate.

¡Y yo, a quién?... ¡Desde qué abismo
salta la voz de mi conciencia, al labio?...

¿Yo a quién responderé de las heridas
que por mí sangran, donde quiera, abiertas?
¿de tantas almas, y de tantas vidas
que fuí dejando, tras de mí, caídas,
como un reguero de azucenas muertas?...

*Se inflama, unos segundos, como una roja hoguera,
en el fondo, la silueta del bergantín. DON LUIS la
ve y se dirige a ella, cual si hablara con su adver-
sario.*

¡No... ya entiendo!... Es Don Juan... ¡Es él... ¡Su risa
conozco bien!... Burló mi represalia,
¡y besa y mofa, al aspirar la brisa,
bajo el velamen que la luz irisa
del bergantín que se lo lleva a Italia!...

¡No, Don Juan!... No me has herido
con tu acero violento;
antes me hirió el sentimiento
por el amor que he perdido...
Ni a tus plantas he caído,
ni humillaste mi tesón,
y al sepultar sin razón
tu acero en mí, nada has hecho:
¡que ya no estaba, en el pecho
de Mejía, el corazón!...
Lo dí, al vivir...

*Vacilante se acerca al banco de piedra, donde depositó
sus flores LA MENDIGA. Febril, se apoya; luego, se
sienta.*

No me resta
más que llorarlo...

Desplomándose sobre el banco.

¡Volad
cenizas!... ¡Qué soledad
la de esta muda florestal...

Se agita, sin fuerzas ya para incorporarse.

¡Ay, alma, cuánto te cuesta
salir del mundo, y en él
soltar tu esponja de hiell...

Sufre: trata, en vano, de llevarse una mano al costado

¡Una mano en esta brasa
que el corazón me traspasa
calcinándome la piel!

Cae otra vez sobre el banco. A su espalda se desgajan, abriendose, las ramas del rosal nevado, que, al desplomarse, entre un torrente de luz, dan paso a la figura de CLARA DE LORENA. Pálida, virginal, como en su primera aparición, con impalpables pies, CLARA se acerca a DON LUIS.

¿Me has oído?...

CLARA

Sí.

DON LUIS

¿Quién eres?

Al reconocerla, se incorpora, agitadísimo.

¿Qué delirio me enajena?
¿Sois vos, Clara de Lorena,
la mejor de las mujeres?...

CLARA

La que un día, en tus placeres,
compadeció tu hidalgua;
la que respetaste un día,
velándola con amor,
y la que hoy manda el Señor
que te vele en tu agonía...

DON LUIS

Con espanto.

¿En mi agonía, señora?...

CLARA

Sí, Don Luis; ya nunca más
en tus ojos sentirás
el beso en flor de la aurora;
sonó, en lo eterno, tu hora;
y aunque hoy tu valor crecía
con el agravio, Mejía,
de nada te aprovechó,
porque Don Juan te mató,
cuando despuntaba el día...
Don Luis, tú, amando, pecabas;

pero dejó tu pasión,
un poco de corazón
en cada beso que dabas;
y como tú mismo ahondabas
en tu pecho el acicate,
y fué tu vida un combate,
Dios dispone, en conclusión,
que te salve el corazón
o que el corazón te mate.
Tú mismo a juzgarte vas:
yo acerco mi mano, el daño
de tus heridas restaño
con mi mano... ¡y vivirás!
Pero la aparto, ¡y jamás
volverás al mundo!... Dí,
¿qué hago?

DON LUIS

Suplicando, en un suspiro.

Aparta...

CLARA

¡Y mueres?...

DON LUIS

¡Sí!

¡Todos los goces que encierra

la tierra, pierdo en la tierra
pero los recobro en ti!...

(1) * [DOÑA CLARA, mientras va retirando la mano del pecho de MEJÍA, oye su delirio. Vuelve a cua-jarse el rosal blanco, del que emana luz. Según las nombra DON LUIS, surgen de entre las sombras los personajes y se colocan junto al banco de piedra, en actitudes hieráticas de mausoleo. Al extinguirse la imagen de CLARA DE LORENA, queda en escena la luz verdosa y rosada, muy tenue, del amanecer.

DON LUIS

En desvarío.

¡Doña Anal... ¡Siempre temí
la mañana de mis bodas!...
¿Quién sois?... ¡perdonadme, todas
las mujeres que ofendí!...
¡Mi alma intacta para ti,
Claral... ¿Te matas, Lucía?
¡No, no! ¡Esperal! ¡Madre mía,
cuídala!... Cayó a tus pies...
¡Ven!... ¡Tengo frío!... ¿No ves
que vuelve a nacer Mejía?...

Calla y queda exánime. Al expirar se ha envuelto en su gran capa oscura. Entre las mujeres, apoyado contra DOÑA LEONOR DE OLMEDO, hay un bulto informe e inmóvil: el cuerpo de LUCÍA.

(1) Para la representación, Don Luis, incorporándose hasta caer de rodillas a los pies de la aparición luminosa, dirá ahora la décima que se inserta en el apéndice. Doña Clara le oye sonriente y va cayendo el Telón.

DOÑA LEONOR

Apenas se hace la luz, después de las últimas palabras de Don Luis.

¡Muerto!... ¡Hijo mío, hijo mío!...
¡Ni mi boca logra el frío
de la muerte, detenerl!...
¡Hijo mío!... ¡vida mía!
¡la gala de Andalucía
se va, para no volver!...

DOÑA ANA

Entre sollozos, al acabar Doña Leonor.

¡No te lloro... a mí me lloro
Mejía, porque te adoro
más, cuando más te perdí!...
Inflexible y altanera,
ya me vengué... ¡quién pudiera
fundirse, como la cera
de los cirios, para til!...

DOÑA LEONOR

Con movimientos lentísimos y actitudes de retabio.

Ana... Acerca... Amortajemos
su cuerpo... el rostro ocultemos
las dos, en su manto fiel...

¡Y no toquen sus despojos
manos de hombre, cuyos ojos
no llorarían por él...

Al ver el cuerpo de LUCÍA.

¿Qué veo, a sus pies...?

DOÑA ANA se acerca; aparta del banco en que se apoya, el cuerpo, y LUCÍA cae de espaldas, exánime.

DOÑA ANA

Abrazándola.

¡Cuitada!

DOÑA LEONOR

¿Quién es?

DOÑA ANA

Entre sollozos.

Nadie.

DOÑA LEONOR

¿Qué fué?

DOÑA ANA

Nada...

¡Pero la quiero llorar!
Rosa del tallo arrancada
dió su aroma y, olvidada,
supo morir.

DOÑA LEONOR

Como en un gesto de redención, deja caer su mano hasta apoyarla en la frente de LUCÍA y dice, inefable de piedad, de emoción y de amor.

¡Supo amar!
¡Pobre y doliente Lucía!
¡Dios premie la compañía
que desde hoy le vas a hacer!...
Hasta morir, le has llorado...
¡pues queda en tierra, a su lado,
para que él duerma, abrigado,
por tus manos de mujer!...

*Al pie del banco donde yace el cadáver, DOÑA LEONOR en pie; LUCÍA rígida, incorporada apenas, descansando contra las rodillas de la OLMEDO, y DOÑA ANA, de rodillas, curvada sobre el banco, forman, con las otras mujeres, como las estatuas vivas de un mausoleo.] **

TELON



A P É N D I C E

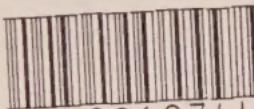
PARA abreviar la representación en el Epílogo, Don Luis debe decir a continuación del verso «pero los recobro en ti» —página 184, línea 2— la décima siguiente:

Nada importa el resplandor
de la leña pasajera,
si en tu pureza me espera
la llama de eterno amor;
y pues viví pecador
y en la sangre de mi herida
llora mi alma redimida,
yo bendigo, Clara, al verte,
la mano que al darme muerte
le ha dado a mi alma la vida.

PQ6623. A7D6 1925



a39001



004061274b

2/leg

